

Capítulo V

LA PALABRA DE LA CRUZ

Porque la palabra de la cruz es
la dinámica de Dios.

I **Corintios**, I, 18

En la crucifixión de Jesús, palabra y acto simbólicos constituyen la unidad semántica, a la cual el autor de la **Carta a los hebreos** ha llamado "la sangre elocuente" (Cap. XI, 4 y XII, 24). Esta palabra actuante —la gesta creadora desde el principio— es absurdo para los griegos y obstáculo para los judíos, mas para los que la reciben y viven regidos por ella, más allá de la naturaleza y de la cultura, la palabra de la cruz es la dinámica de Dios, la revelación de su Persona. En este supremo acto simbólico está cifrado el **misterio**, la razón de Dios y de su creación: "La sabiduría de Dios en misterio" (I **Corintios**, I, 7 y **Efesios**, I, 9). En su **Carta a los romanos**, el apóstol define su **Evangelio** con esta misma frase: "la **dinámica** de Dios para transformar en justo a todo aquel que cree", sin distinción de cultura o raza.

Las tradicionales siete palabras desde la cruz adquieren sentido al considerarlas dentro del marco general que hemos trazado en estas meditaciones. Al narrar el instante de la muerte, el evangelista S. Mateo escribe: "Jesús, habiendo otra vez exclamado con gran voz, dió el espíritu" (Cap. XXVII, 50). Estas exclamaciones desde la cruz son como destellos de la Luz Increada ilumi-

nando la tiniebla en la cual se desliza la vida histórica de la ciudad de Henoch, aquella que Caín fundó para sus descendientes (*Génesis*, IV, 17). El relato del prendimiento, juicio y crucifixión de Jesús, el profeta de Galilea, es el núcleo alrededor del cual se formó el Evangelio. La encarnación del Verbo de Dios, la predicación del Reino, la resurrección de la muerte, y la Parousia del Cristo victorioso también adquieren sentido plenamente iluminadas por el esplendor de estos destellos que saltan de la cruz y traspasan la tiniebla humana, como si la cruz fuera el yunque sobre el cual Dios forja, a fuego y martillo, la redención del hombre.

El relato de S. Marcos registra los elementos narrativos que incorporan los otros tres evangelios. Las adiciones son pocas y, exceptuando la hora de la crucifixión, según S. Juan, y algunos detalles del juicio previo en la casa de los pontífices, no están en desacuerdo. El cuerpo del relato consta de cinco perícopes: el prendimiento, el juicio por causa religiosa, el juicio civil, la crucifixión y el entierro. En el perícope de la crucifixión se dan las siete exclamaciones desde la cruz, una en S. Marcos y S. Mateo, tres en S. Lucas y tres en S. Juan.

El prendimiento.

El estilo de S. Marcos narra con vigoroso, pero austero dramatismo: "Entonces ellos echaron en él sus manos y le prendieron" (Cap. XIV, 46). S. Mateo copia, casi textualmente: "Entonces ellos llegaron y echaron mano a Jesús y le prendieron" (Cap. XXVI, 50). S. Lucas narra primero el incidente ocurrido entre un discípulo y un siervo del sumo sacerdote, luego unas palabras de Jesús a la multitud, y entonces el prendimiento, en tres palabras: "Y prendieronle" (Cap. XXII, 54). Ni S. Lucas, ni S. Juan pueden sufrir la visión de una multitud anónima poniendo sus manos irresponsables en la sagrada persona del Profeta.

El cuarto evangelista, quien era uno de los hermanos Boanerges, hijo del trueno, el que una vez había pedido

el fuego del profeta Elías para destruir la ciudad de los samaritanos (Cf. **S. Marcos**, III, 17 y **S. Lucas**, IX, 54), narra el prendimiento de Jesús con estilo del **Exodo**. En la multitud había un tribuno y los emisarios de los pontífices. Acercáronse con linternas, antorchas y armas. No hubo necesidad que Judas le besara, Jesús adelantóse y les dijo: “¿A quién buscáis. . . ? Yo soy”. Al oír el sonido del sagrado tetragramatón, el Nombre Inefable, “volvieron atrás y cayeron en tierra”. Jesús intercede una vez más por sus discípulos, y el evangelista recuerda las palabras de la **Oración**: “De los que me disteis, ninguno se perdió, sino el hijo de perdición. . .” No es **uno** de los discípulos, anónimo, sino Pedro, quien sale en defensa del Maestro, y a quien Jesús recuerda el vaso del Gethsemaní, la copa de su sangre, el mismo que el Maestro había prometido también a los hermanos Boanerges.

S. Marcos narra el incidente del siervo del pontífice con la misma **parquedad** que le es propia: “Y uno de los que estaban allí, sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote y le quitó la oreja”. Nada más dice S. Marcos. S. Mateo añade una reprensión de Jesús al discípulo: “Todos los que tomaren espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me daría más de doce legiones de ángeles?” Una legión por cada apóstol, incluyendo a Judas, y algunas adicionales. Esta es la proporción entre el poder humano y el poder de Dios. El cuarto evangelista lo recordará en el diálogo entre Jesús y Pilato. S. Lucas elimina los ángeles y pone agresividad en todos los discípulos, pero uno solo hiere. La respuesta de Jesús es breve y milagrosa: “Dejad hasta aquí. Y tocando su oreja, le sanó”. S. Juan sigue la tradición de S. Lucas, y menciona a Simón Pedro, el agresor, y a Malco, la víctima; pero olvidó el milagro: el vaso, que Jesús tenía que beber, es más importante.

Después de este incidente Jesús se dirige a la multitud y les censura su volubilidad: “Como a ladrón habéis salido con espadas y con palos a tomarme? Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me tomasteis, pero es así, para que se cumplan las Escrituras”.

Como ladrón vendrá; la Parousia en el tiempo **telos**, para juicio, condenación y salvación. Y siguiendo esta analogía, un ladrón, Bar-abbas, será preferido a Jesús por la multitud, y dos ladrones le acompañarán en el Golgotha, para que sea contado con los ladrones y la Escritura se cumpla en todo. El cuarto evangelio hará un ladrón de Judas, el que le vendió. Entonces **todos** huyen y le dejan solo. Y un mancebillo que le seguía, cubierto su cuerpo solo de una sábana, al ser prendido por un emisario, huyó desnudo, dejando la sábana. Este mancebillo que cubre su desnudez con la tiniebla, pudo ser Juan Marcos, intérprete de S. Pedro, y autor del **Evangelio**.

S. Mateo y S. Lucas silencian lo del mancebillo; pero no la censura de Jesús contra la turba que le prende. S. Lucas cuenta, entre la turba, "los príncipes de los sacerdotes, los magistrados del templo y los ancianos", y añade: "Mas esta es vuestra hora, y el dominio de las tinieblas"; es decir, "este es el **tiempo histórico**, cuando el Malo ejerce dominio sobre el mundo". La alusión a la Parousia, por contraste, es sutil, pero tan clara como las doce legiones de ángeles en S. Mateo. S. Juan cuenta un tribuno, representante del poder imperial, entre los que prenden a Jesús.

El juicio de la religión.

Jesús va a ser enjuiciado primeramente por la religión oficial a la que pertenece. San Marcos narra sencillamente: "Y trajeron a Jesús al sumo sacerdote; y se juntaron a él todos los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos y los escribas", es decir, se constituyó el concilio o synedrion judío. Se componía el Sanhedrín de 71 miembros y ejercía vigorosa y respetada autoridad frente al Procurador romano. Lo presidía el Sumo Sacerdote, que lo era este año José Caifás, nombrado por el Procurador Valerio Grato, en el año 18 A. D.

Todo el juicio se narra enmarcado en la negación de S. Pedro. Recordemos que este es el **Evangelio** predicado por S. Pedro, en arameo, y conservado en griego por Juan

Marcos, su intérprete. El relato es sencillo, pero con el vigor de un bajo relieve: "Pedro le siguió desde lejos hasta dentro del patio del sumo sacerdote; y estaba sentado con los servidores y calentándose al fuego".

En la primera parte del juicio buscan testigos "falsos", pero sus declaraciones no concordaban. La acusación más clara concernía a una amenaza contra el templo, algo parecido a la acusación por la cual fue encarcelado en el aljibe el profeta Jeremías (Cf. **Jeremías**, Caps. 37 y 38). Pero ni aún así hubo fallo. Entonces el mismo Sumo Sacerdote le interroga, mas Jesús calla, hasta que le pregunta si es El **Mesías**, el Hijo de Dios. Por supuesto, el sacerdote no menciona el sagrado tetragramatón, el Nombre inefable, sino su atributo, **El Bendito**. Y Jesús contesta: "Yo soy". Es la misma frase utilizada por S. Juan, al narrar el prendimiento, la cual, dicha en arameo suena como el Nombre inefable. Pero Jesús añade: "Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de **la potencia**, y viniendo en las nubes del cielo". Este lenguaje, obscuro para nosotros, es diáfano para los judíos, lectores de sus libros apocalípticos, y por ellos atentos a la liberación de Israel por **la potencia** de Dios. Esta es la blasfemia, por la cual todo el Concilio le condena a muerte: Jesús se ha identificado con **El Bendito** de Israel, con la misma **potencia** que obra en la historia. Los hebreos lo entienden con suma claridad, los romanos no podrán entenderlo, y el Concilio aprovechará esta confusión para obtener del Procurador la sentencia de muerte. Los celadores del Torah, cegado su entendimiento por la codicia, "detienen la verdad contra la justicia del mismo Torah", para conseguir la condenación de su propio Mesías (Cf. **Romanos**, I, 18). A la condenación, sigue el escarnio y el ensañamiento: "Algunos empezaron a escupir en él y cubrir su rostro y a darle bofetadas, y decirle: 'Profetiza'." Y hasta los esclavos le herían y se burlaban de él.

S. Marcos cierra su relato como lo empezó: con la negación de Pedro. Las negaciones se alternan con el canto del gallo. Una criada lo identifica como discípulo; Pe-

dro niega, sale a la puerta del patio y el gallo canta. La misma criada vuelve a identificarlo. Y luego los que estaban al rededor del fuego lo identifican por el acento: "Verdaderamente tú eres de ellos; Porque eres Galileo, y tu habla es semejante". ¡Bien lo sabía Juan Marcos, que fue su intérprete! "Y Pedro comenzó a maldecir y a jurar". Con el miedo olvidó la enseñanza: "No juréis en ninguna manera... Mas sea vuestro hablar: Sí, sí; No, no; porque lo que es más de esto, de mal procede" (Cf. **S. Mateo**, V, 34-37). Entonces el gallo cantó la segunda vez "y Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba". Juan Marcos subraya esta relación de tres y dos, tal vez porque ello sea el resorte que ilumina la conciencia de Pedro. Los otros evangelistas no observan esta contabilidad; pero sí califican el llanto de Pedro, "amargamente". S. Juan olvidó el llanto; pero no olvidó la restauración del apóstol.

Las adiciones o enmiendas de los otros evangelistas aclaran el relato de S. Marcos, pero no lo contradicen; S. Mateo da el nombre del Sumo Sacerdote, Caifás, S. Juan añade que el preso fue llevado primero donde Anás, suegro de Caifás, y también Sumo Sacerdote. S. Lucas menciona este nombre al comienzo de su Evangelio: "Siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto" (Cap. III; 2), y vuelve a mencionarlos al comienzo de la predicación de la resurrección de Jesús: "resentidos de que enseñasen al pueblo y anunciasen en Jesús la resurrección de los muertos". Se refiere a "Anás, príncipe de los sacerdotes, y a Caifás, y Juan y Alejandro, y todos los que eran del linaje sacerdotal" (**Hechos**, IV, 1-7). Tan conocidos eran estos nombres que ni S. Lucas ni S. Marcos los mencionan en sus relatos del juicio de Jesús por causa religiosa. S. Mateo también indica que Pedro le siguió de lejos y se mezcló con los criados, en el patio, "para ver el fin". Elabora un poco los detalles del interrogatorio indicando que "los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos, y todo el **sinedrion** buscaban falso testimonio contra Jesús para entregarle a muer-

te". A la postre se conciertan dos testigos para acusarle de blasfemar contra el templo. "¿No respondes nada?", pregunta Caifás. "Mas Jesús callaba". En defensa del **Torah**, los sacerdotes, escribas y ancianos habían olvidado el noveno mandamiento: "No hablarás contra tu prójimo falso testimonio". Entonces el Sumo Sacerdote lo conjura, "por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Mesías, Hijo de Dios", y Jesús contesta: "Tú lo has dicho". y "Culpado es de muerte", fue el veredicto del concilio. Y la chusma procedió a escarnecerle; escupiéndole y dándole de mojicones.

La negación de Pedro es igual que en S. Marcos, solamente que ahora son dos criadas quienes le identifican, y el gallo cantó luego, sin contar las negaciones, ni sus cantíos. Al cantío del gallo, Pedro se acuerda de las palabras de Jesús: "Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliéndose fuera lloró amargamente".

En S. Lucas es una sola criada la que identifica a Pedro, lo mismo que en S. Marcos y S. Juan. Luego Pedro niega dos veces y entonces cantó el gallo. Al cruce de las miradas entre Jesús y Pedro, no al canto del gallo, Pedro recuerda las palabras de Jesús, como las cita S. Mateo, sale fuera y llora amargamente. En los demás evangelistas, Jesús y Pedro no podían mirarse, porque Pedro estaba abajo en el patio (**aula**) y Jesús arriba (**Marcos**, XIV, 66). en el despacho de Caifás. Después de la negación de Pedro, no entre medio, prosigue el interrogatorio, directo a Jesús, sin intervenir falsos testimonios, sino las bofetadas y el escarnio de la chusma. La contestación de Jesús también varía:

—¿Eres tú el Cristo?

—Si os lo dijere, no creeréis; ni me soltaréis: más después de ahora el Hijo del hombre se asentará a la diestra de la potencia de Dios.

—Luego tú eres Hijo de Dios.

—Vosotros decís que yo soy.

Luego, el Concilio concluyó que no necesitaban más testimonio porque Jesús había declarado ser Hijo de Dios, y por esta blasfemia lo condenan a muerte. Sin embargo, ante Pilato lo acusarán de haberse declarado el Mesías y Rey.

San Juan es el único que lleva a Jesús donde Anás primero, luego a Caifás, a quién identifica como el que había profetizado la muerte vicaria de Jesús. El otro discípulo, es decir, Juan, hijo de Zebedeo, era conocido de la servidumbre de Anás, y siguió a Jesús hasta el aula (patio); Pedro quedó a la puerta y Juan le consiguió pase. El interrogatorio, y la primera negación de Pedro, ocurren en la casa de Anás. La condenación y las otras dos negaciones de Pedro ocurren en la casa de Caifás. Allí cantó el gallo. En casa de Anás le identifica la portera; en casa de Caifás, un pariente de Malco, a quien Pedro había cortado la oreja durante el prendimiento de Jesús. En casa de Anás se niega a declarar: "Yo manifiestamente he hablado en el mundo; yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo", contesta Jesús, "donde se juntan todos los judíos, y nada he hablado en oculto". La referencia es clara, Jesús no es un zelote, un conspirador. "Pregunta a los que han oído, que les haya yo hablado: he aquí, esos saben lo que yo he dicho". Pero esos saben pegar y escarnecer, no declarar la verdad.

Anás le envía atado hacia la casa de Caifás. El evangelista no dice si era conocido de Caifás también; pero, evidentemente, allí también entraron al patio, donde termina la negación triple de Pedro. En ambas casas hacía frío, en ambas casas había fuego para calentarse. Tuvo que ser invierno tardío o primavera temprana. La Pascua era en Abib, primer mes del año judío, y comienzo de la cosecha, pues Abib significa **mazorca**. Pero ahora se iniciará el año cristiano con la siembra, con la muerte del grano: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere", había dicho el Maestro, "él solo queda; mas si muere, mucho fruto lleva. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará" (S. Juan XII, 24-25)). Esto dijo tam-

bién cuando rechazó a Pedro como a Satanás, a raíz de su confesión. Más claro no cantó el gallo.

El juicio imperial.

Según S. Juan la mayor participación de Caifás fue como acusador ante Pilato, procurador del César imperial. El contraste entre el cuarto **Evangelio** y los sinópticos es mayor en este pericope. Marcos es breve y sencillo, como en todo. El concilio entrega a Jesús atado, y Pilato le interroga. El Ungido, o Mesías, podía ser juez, sacerdote, general de los ejércitos, rey o profeta. El Concilio le ha entregado por haberse declarado no un mesías, sino **El Mesías** profetizado —Rey, juez, general, sacerdote e Hijo de Dios. Pilato sólo entiende lo de Rey. “¿Eres tú el Rey de los judíos?”, le pregunta. La contestación “**Tú lo dices**” puede significar sí, en Hebreo, el ver-náculo de Jesús, o puede ser una evasiva que signifique “Según y cómo tú lo digas”. Los príncipes de los sacerdotes (¿Anás y Caifás?), “le acusaban mucho”, es decir trataban de obligarle a concretar su contestación, y Jesús optó por callar de modo que Pilato quedó perplejo. En esta encrucijada trató de salvar a Jesús contrastándolo con un prisionero notorio, Bar Abbás, “preso con sus compañeros de motín que habían hecho muerte en una revuelta”. Bar-Abbas era un conspirador, zelote de abolengo, digno Hijo de su Padre, y tanto el motín como la muerte habían tenido origen político, probablemente. ¿Por qué insiste Pilato en usar el título Rey, en lugar de Ungido, o Mesías? “Conocía que por envidia le habían entregado los príncipes de los sacerdotes”. Pilato es un político de experiencia, concedor de la flaqueza humana. Tal vez los príncipes querían sincerarse ante el procurador mostrándose contrarios del notorio zelote. Sin embargo, la ceguera religiosa de los príncipes, escribas y ancianos, que entendían mejor que Pilato la tradición histórica de Israel, consideraron menos peligroso mostrarse simpatizadores del líder zelote que de Jesús. Aunque ellos no contestaron, evaden su responsabilidad **incitando**.

a la multitud anónima e irresponsable para que prefiriesen a Bar Abbas. Y esta vez es la multitud quien grita: "¡Crucifícale!" "Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado".

S. Marcos ha manejado los elementos del perícope con maestría, dramatismo, concentración y profundidad psicológica insuperables. Primero, la desviación del sentimiento e intuición religiosa de los miembros del sindrón. La victoria o la razón de Jesús significaría su derrota, la admisión de su error y la obligación de corregir las aberraciones. La fuerza de gravitación de su yo no le permite mirar hacia dentro; la viga que atraviesa su ojo ha convertido en tinieblas la lámpara del cuerpo. Pecan no tanto por maldad, como por obscurecimiento de sus personas: "Y esta es la condenación", había dicho Jesús, "porque la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas" (S. Juan, III, 19). También lo inverso es condenación, "las obras son malas, porque los hombres aman más sus tinieblas que la luz".

S. Marcos ha revelado también la irresponsabilidad de la multitud anónima. Este es el peligro, siempre actual, de las democracias. La libertad de conciencia es sagrada cuando la conciencia es libre, y solamente la verdad liberta. Antes de ejercer la libertad, es necesario tener nombre propio, y solamente el conocimiento de la verdad, con respecto a la persona frente al mundo y a sus otros nombres, nos da la conciencia del nombre personal. La libertad de conciencia es para el honor del nombre personal y quien no lo tiene, no puede honrarlo. La cruz en la papeleta electoral podría ser la firma de los que no tienen nombre personal. La familia, el estado, la iglesia, la humanidad son cruces sin nombre cuando el que hace la cruz no tiene conciencia del nombre que le distingue, ni sabe honrarlo asumiedo, a conciencia, su responsabilidad personal. El riesgo que corre la multitud anónima, aunque se llame democracia, es crucificar a sus redentores. El camino de la conciencia del nombre personal, es la vivencia del amor con que Dios nos amó en Cristo. Solo

así puede el hombre amarse a sí mismo con amor liberador del egocentrismo, con el amor que se niega a sí mismo para amar al prójimo como Dios nos amó. El yo, vacío del amor de Dios, es un **vacío**, que todo lo atrae hacia su centro, donde todo desaparece anulado y sólo el vacío queda. El yo, lleno de amor de Dios, es una plenitud, donde siempre hay espacio para otro prójimo: una amplitud siempre llena, y siempre amplitud. Pero esto es personal, las multitudes sin nombre siempre crucifican, nunca pueden amar, porque el amor tiene que ser entre personas con nombre: "por cuanto lo hicisteis a **uno** de estos, a mí lo hicisteis", nos enseñó Jesús (**S. Mateo**, XXV, 40).

En tercer lugar, S. Marcos muestra el egocentrismo amedrentado y criminal de Pilato. Sabe que Jesús es inocente: "¿Qué mal ha hecho?", pregunta, y nadie puede contestarle. Pero lo cambia por Barrabás, lo azota y lo entrega para ser crucificado. S. Marcos dice simplemente "queriendo satisfacer al pueblo"; los otros evangelistas dicen por qué deseaba satisfacerlo. De acuerdo con el significado del verbo **hicanó**, el sentido de la frase podría ser "queriendo asegurarse a sí mismo con respecto al pueblo".

En cuarto lugar se destaca el silencio, la serenidad y la firmeza de Jesús en medio de la aberración de los religiosos, la irresponsabilidad de la multitud y la mezquindad de Pilato. Jesús había enseñado que la razón humana, oscurecida por la voluntad de ser, y formada por el miedo al no ser, no puede comprender el **agápe** de Dios. Y esto lo enseñó 1800 años antes de Marx, Schopenhauer, Darwin, Nietzsche, William James, Henri Bergson, Miguel de Unamuno y Ortega Gasset. Sus muestras de laboratorio fueron el rico insensato, el joven rico, Pedro, cuando era Satanás, Judas, cuando le vendió, y los hermanos Boanerges cuando quisieron ser los mayores en el Reino: "No sabéis lo que pedís", afirmó Jesús, "¿Podréis beber el vaso que yo he de beber?" Y ese es el **experimentum crucis**, **The Courage to be Not in Order to be Abundantly**, dicho en honor de Paul Tillich, mi respetado maestro.

El saber de aquellos en quienes la voluntad de ser, desviada por el miedo al no ser, predomina sobre todo interés, es lo que S. Pablo llama "el saber según la carne". (Cf. **II Corintios**, V, 16; X, 3; **Colosenses**, II, 18 et tal): "Porque los que viven conforme a la carne... no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden", escribe San Pablo a los Romanos (Cap. VIII, 5-10). Por tanto, quedaba un solo **Camino** para Jesús, el de la cruz: Vencer la muerte en su más espantoso aspecto destructor, el de la deshonra **post mortem**. "El postrer enemigo que será deshecho, será la muerte", dice S. Pablo. "Por la gloria que en orden a vosotros tengo en Cristo Jesús, cada día muero." **I Corintios**, XV, 26 y 31). El apóstol, y todos los testigos que le suceden, hasta Alberto Schweitzer, son otras tantas muestras de laboratorio de **La Voluntad de No Ser para Ser más Abundante** efectuada por la transfiguración del **nous** en virtud del agápe de Dios manifiesto en la cruz de Cristo. Con la transfiguración del entendimiento se altera el orden de valores, los primeros: vida natural, riquezas, mando y fama, vienen a ser postreros; y los postreros: servicio al prójimo en el agápe de Dios, verdad, lealtad, justicia y paz, vienen a ser primeros. A esto el mundo llama **revolución** y Jesús llama el Reino de Dios (Cf. **Romanos**, XIV, 17).

Los demás sinópticos, aún S. Lucas, incorporan al suyo el núcleo narrativo de S. Marcos. Ya hemos dicho que S. Mateo vuelve a mencionar la traición de Judas, en el momento del juicio por causa religiosa, para subrayar la aberración de los fariseos, quienes "cuelan el mosquito y se tragan el camello" (**S. Mateo**, XXIII, 34). Los denarios no pueden echarse en el tesoro, según la Ley "porque es precio de sangre", sin embargo la Ley no les impedía la muerte del Justo. Pero las adiciones más importantes de S. Mateo son: el mensaje de la mujer de Pilato, y el gesto simbólico de lavarse las manos. ¿Por qué incluye Mateo estos tres elementos? Los tres señalan en una sola dirección: atenuar la participación de Pilato en la condenación injusta y muerte del Mesías; acentuar la equivocación y culpa de los judíos; sostener la inocencia de Jesús y de la naciente Iglesia Cristiana. Las palabras de Pilato: "Inocente soy de la sangre de este Justo, veréislo vosotros",

son un eco de las palabras de Judas: "Yo he pecado entregando la sangre inocente". A lo cual responde el sine-drión: "¿Qué a nosotros? Viéraslo tú" Las palabras de Claudia Procla, mujer de Pilato, más que un doblote del sueño de Calpurnia, mujer de Julio César, son evidencia cumulativa en favor de Jesús: "No tengas que ver con aquel Justo..." No es muy probable que Pilato practicara un rito simbólico propio de los judíos, lavarse las manos en descargo de su culpa (Cf. **Deuteronomio**, XXI, 6), y más improbable que el pueblo exclamase: "Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos". La Iglesia Ortodoxa Griega, sin embargo, canonizó a Claudia Procla; el alegato de S. Mateo ha tenido sus consecuencias, algunas muy desgraciadas, como han sido los repetidos pógromos y persecuciones viciosas contra los judíos.

En el **Evangelio** según S. Lucas es la multitud quien entrega a Jesús. El Concilio no había logrado que Jesús se declarase Ungido, y la multitud lo acusa de algo más concreto: que solivianta al pueblo, es zelote, aconseja no pagar los tributos imperiales y se declara Ungido, es decir, Rey de Israel. Esto último lo creían también los discípulos que caminaban hacia Emmaús, el domingo de resurrección, por la tarde. Pilato lo interroga y lo declara inocente por tres veces (Cap. XXIII, 22). Oyendo que era de Galilea, lo remite a Herodes Antipas, que estaba en la ciudad a la sazón. Jesús calla ante Herodes, aunque la soldadesca y aún la corte, lo escarnecen. A los demás testimonios de inocencia, se añade ahora el de un hombre tan perverso como Herodes, el asesino de Juan el Bautista. A pesar de todo "Pilato juzgó que se hiciese lo que el pueblo pedía", aunque deseaba soltar a Jesús, y lo entregó para ser crucificado, dejando libre a Barrabás, el verdadero zelote.

El cuarto **Evangelio** es el que más se aparta de S. Marcos, aunque lo presupone. Llevaron a Jesús de Caifás al palacio de Herodes, el Grande, utilizando ahora como residencia del **pretor**, o gobernador romano (**hegemón**, dice S. Mateo). Ellos, es decir, los miembros del sine-drión, no entraron, por un escrúpulo de la Ley semejante al relacionado con los denarios de Judas: todavía no se había co-

mido la Pascua Judía y ellos no querían contaminarse. ¡No se contaminaban pidiendo la muerte del Justo! ¡Hasta ese punto había perdido el Torah su significado vivo! Tampoco Roma se dió por contaminada al encender las hogueras de la Inquisición. Esta es siempre la amenaza de una religión sin **agápe** de Dios; al desconectarse del amor, pierde su sentido humano, y con él, también el divino.

Pilatos pide la acusación. No la hay. Solamente hay una sentencia: muerte. Pilatos interroga a Jesús: “¿Eres tú el Rey de los Judíos?” En lugar de callar, como en los otros **Evangelios**, Jesús interroga a Pilatos: “¿Dices tú esto de tí mismo, o te lo han dicho otros de mí?” Pilato no contesta a derechas. “Mi Reino no es de este mundo”, declara Jesús. . . “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquél que es de la verdad, oye mi voz”. —“¿Qué cosa es verdad?”, preguntó Pilato. Y salió a los judíos, sin esperar la respuesta, que él mismo da enseguida: “Yo no hallo en él ningún crimen”. Esa es la primera parte de la verdad. La segunda es que el símbolo del poder humano lo condena como culpable, sabiéndolo inocente. La tercera, responde a la segunda: “¿Por qué lo condena?” Y la cuarta indica el remedio para esta depravación criminal: “Te es necesario nacer otra vez” (**S. Juan, III, 7**).

“Barrabás era ladrón”, dice S. Juan, como lo dice también de Judas. Esta parece ser la acusación favorita. Pero la multitud prefirió a Barrabás. Siempre quedaron dos ladrones más para crucificarlos junto a Jesús. La soldadesca de Pilato también ceba su inocencia animal en Jesús, como antes lo había hecho la de Herodes. “Ningún crimen hallo en él”, ni aún después de torturarlo, vuelve a decir el **hegemón** (Gobernador) del Imperio. “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, había dicho Juan el Bautista. “¡He aquí el hombre!”, dice Pilato; ¡Miradlo! ¡Cómo puede ser un zelote! ¡Y mucho menos un Rey! Y por tercera vez, como en Lucas, vuelve a declarar: “Yo no hallo en él crimen”. Los

del Concilio invocan su Torah: "Debe morir, porque se hizo Hijo de Dios". Entonces Pilato tuvo miedo. Ahora Jesús calla. "El que a tí me ha entregado, mayor pecado tiene", es la última frase de Jesús. Así piensa S. Lucas también. El pecado del sinedrion es blasfemia contra el **agápe** de Dios, contra la **santidad** verdadera, es rechazo de la gracia, de la paz, el pecado imperdonable. El pecado de Pilato es como el de Pedro, el miedo humano. Ante el riesgo de aparecer como "enemigo de César" ocupa el curul de la justicia humana: **Lithóstrotos** en griego, **Gabatha** en Hebreo, **Comunismo** en Ruso, **Democracia** en español— y después de incitado el patriotismo de la multitud, entrega al Justo para ser crucificado.

La crucifixión.

El cuarto **Evangelio** cierra su relato, después de añadido el **post-scriptum**, con estas palabras: "Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, que si se escribiesen cada una por sí, ni aún en el mundo pienso que cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén". Y **amén** quiere decir: Así es, de cierto. La palabra humana nunca podrá expresar cabalmente la divina encarnada. Por ello acude al arte: el **Mesías**, de Handel; los corales, de Bach; **El Paraíso Reconquistado**, de Milton. No hay pinacoteca importante en el mundo que no posea alguna crucifixión famosa. Entre las que acuden a nuestro recuerdo se destacan la de Matías Grünewald y la de Diego Velázquez de Silva.

"No me verá dentro de poco el mundo
mas sí vosotros me veréis, pues vivo
y viviréis" dijiste; y ve: te prenden
los ojos de la fe en lo más recóndito
del alma, y por virtud del arte en forma
te creamos visible. Vara mágica
nos fue el pincel de Don Diego Rodríguez
de Silva Velázquez. Por ella en carne
te vemos hoy. Eres el Hombre, eterno

que nos hace hombres nuevos. Es tu muerte parto. Volaste al cielo a que viniera. consolador, a nos el Santo Espíritu, ánimo dé tu grey, que obra en el arte y tu visión nos trajo. Aquí encarnada en este verbo silencioso y blanco que habla con líneas y colores, dice su fe mi pueblo trágico. Es el auto sacramental supremo, el que nos pone sobre la muerte bien de cara a Dios.

El Cristo, de Velásquez, es como el de S. Juan, un Mesías victorioso y sereno, elocuente en su majestuosa soledad, como si dijera una sola palabra: “¡**Tetélestai!**” —El **telos** se ha cumplido; consumado es. Porque Jesús es otro **Bereshith**, otro **Génesis**; otro **Berith**, otro Pacto. Porque Jesús es el comienzo de la consumación del propósito de Dios y en su encarnación, muerte y resurrección se revela el final del **misterio**.

El Cristo, de Grunewald, es el Mesías que dice perpetuamente, en su arameo de carpintero humano: “¡Eloí, Eloí, ¿láma sabachtaní?” Es la exclamación vicaria del hombre sitiado por la soledad satánica, donde le ha conducido el engaño y la alucinación de su egocentrismo pecador. Aunque los oídos del soldado romano no entiendan las palabras galileas, el corazón universal entiende, y conmovidas sus entrañas imperiales, se alza hasta los labios de su hermano moribundo para darle de beber. “A él conviene crecer” —dice la figura enhiesta y vigorosa del Bautista. “He aquí el Cordero de Dios”, dice su índice, mientras al pie del Cristo de manos crispadas, y cuerpo retorcido, la hostia blanca de un Cordero Pascual deja correr la fuente de su sangre en el cáliz áureo de la comunión. Las tinieblas envuelven el cuerpo lívido de la **Consumación**, y en medio de ellas la Magdalena, de larga y rubia cabellera, la Madre Inmaculada y el discípulo amado se acogen a la cruz, bárbara y tosca, como el antro salvaje de la maldad humana. Por ese cuerpo de hombre, sarmiento retorcido, entra en el mundo la redención de Dios.

Macerado el cuerpo a golpes de ignominia, y el espíritu de escarnio, torpeza e injusticia, aguarda su muerte el Ungido. **Mesías**, porque le ungió para la muerte, en casa de Simón, el leproso, la piedad de una mujer que había amado mucho. El Cordero de Dios, porque en la Cena Pascual se anticipó a repartir entre los hombres, que le traicionarían, le negarían y le abandonarían, el pan blanco de su cuerpo, y el vino rojo de su sangre. **Mesías** lo era, en realidad y en símbolo.

S. Marcos provee el telar, sólido y simple, donde la viedad de los siglos de esta pasión. Con fineza, concentración y estilo insuperable, el primer **Evangelio** ofrece lo máximo en lo mínimo, la resonancia eterna de la palabra del primer apóstol, sencilla y fuerte como su red de pescador. La corte romana del Procurador le hiere, lo corona de espinas, los viste de púrpura imperial, lo adora como a César. Luego le desnudan la púrpura, y lo hacen caminar hacia el Gólgota, hacia fuera de las murallas de la ciudad, como a un malvado. Cargan su cruz sobre un Simón, africano de Cirene, cuyos hijos, Rufo y Alejandro, fueron bien conocidos en la **koinonía** primitiva de Jerusalem. Hacia el Monte de la Calavera caminó su cuerpo, doblado por la angustia, su dolorosa Vía Crucis.

Antes de clavarlo a los toscos maderos una mano misericordiosa pone en sus labios el grosero calmante: vino y mirra. El Mesías no lo bebe. Quiere apurar la maldad humana hasta las heces. La soldadesca se rifa sus ropas, mientras el cuerpo desnudo cuelga pesadamente del madero. Eran las nueve de la mañana cuando se alzó lentamente el bárbaro instrumento de tortura. Ondeó, entre cielo y tierra la bandera blanca y sangrienta del amor de Dios. Sobre la sagrada cabeza se destaca, en grandes letras, el título de su causa: **El Rey de los Judíos**. ¿Mentira o verdad? Mentira para con los hombres; por eso lo escarnecen, lo visten de púrpura, lo adoran como a César, y lo crucifican. Verdad para con Dios: el Reino Universal, de origen judío, penetra en el reino temporal de los hombres. “Por fe”, dice la **Carta a los hebreos**, “entendemos haber sido compuestos los siglos por la palabra

de Dios, siendo hecho lo que se ve de lo que no se veía” (Cap. XI, 3). S. Pablo había enseñado ya a los Corintios que “las cosas que se ven son temporeras, mas las que no se ven son eternas” (**II Corintios**, IV, 18). El Reino del Mesías es burla y delito para el saber según la carne —el saber de las cosas **proskaira**, o temporales; para el saber según el espíritu, el Reino del Mesías es la esperanza en lo que no se ve, el fundamento eterno de lo que se ve, y es temporal (cf. **Romanos**, VIII, 24). Y el que pertenece a su Reino vive por fe, no por vista (**II Corintios**, V, 7). El saber de la fe auténtica, la fe de Cristo y en Cristo, absorbe, rectifica y depura el saber de los sentidos corporales y de la razón humana, es verdadero **pístis**. El Reinado del Mesías, si es burla, no es delito; si es delito, no es burla; si es verdadero, es la salvación. Y el Reino del Mesías es verdadero. Juzgar al Mesías es juzgarse a sí mismo. “Bienaventurado el que no se condena a sí mismo con lo que aprueba”, nos dice el apóstol (**Romanos**, XIV, 22).

Los que pasan —el pueblo— y los compañeros de crucifixión, que lo tipifican, los miembros del sinedrion, que tipifican las historias y la cultura, también denostan, se burlan y ridiculizan al Mesías y su Reinado, y meneando sus cabezas, le desafían: “¡Sálvate a tí mismo, y descendiende de la cruz!”... “¡A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar! El Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos”. Satanás vuelve a ostentar su poder, como en las primeras tentaciones: “Si eres Hijo de Dios, échate abajo...” “Todo esto te daré, si postrado me adorares” (**S. Mateo**, IV.). “Salvarse a sí mismo” sería como amarse a sí mismo; pero no en Dios, ni con el agápe de Dios; sería una negación de sí mismo, pero sin fe, para afirmarse a sí mismo fuera de Dios; sería una negación de la cruz, y él había dicho a Pedro: “El vaso que el Padre me ha dado, ¿no lo tengo de beber?” (**S. Juan**, XVIII, 11). El templo derribado, el Padre mismo lo habrá de restaurar en la resurrección; pero los que le desprecian aún no lo entienden.

Al medio día, cuando el sol tórrido restallaba con mayor luz sobre las ardientes heridas y la sed devoraba

las entrañas del Consumador, una tiniebla refrescante cubrió la faz del sol, y entre el estallido del trueno y el fulgor del relámpago, comenzó la agonía final. Alguien, sin nombre, compadecido del agonizante, puso una esponja al cabo de una vara y mitigó la sed mortal mojando sus labios con vinagre. A las tres de la tarde "dando una gran voz, espiró". Y el centurión que vigilaba el cumplimiento de la sentencia, "viendo que había espirado así clamando dijo: Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios". ¿Qué exclamación iluminó de súbito al soldado? Marcos y Mateo no lo dicen; pero lo dicen Lucas y Juan. Al pie de la cruz, le lloraban unas mujeres que le habían seguido desde Galilea; las más cercanas, María Inmaculada, María, la madre de Jacobo el menor y de José, y María Magdalena.

Los otros evangelistas comienzan temprano la ornamentación de este breve relato de S. Marcos. En S. Mateo, los soldados le hieren con la misma caña que pusieron en las manos de Jesús como cetro en mofa. Este evangelista no identifica al Cireneo, tal vez sus hijos ya no residían en Jerusalem, sino en Roma, donde acaso los conoció (**S. Marcos, XVI, 13**). El calmante era vino y hiel; porque la hiel tiene mayor fuerza simbólica que la mirra. El título de su causa: **Este es Jesús, el Rey de los Judíos**, es más breve en Marcos, **El Rey de los Judíos**. "El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz", gritan los del Concilio en S. Marcos. "Si eres Hijo de Dios, descende de la cruz", gritan los que pasaban, en S. Mateo. "Confió en Dios, líbrele ahora si le quiere: porque ha dicho: Soy Hijo de Dios", gritan los del Concilio. "Si es Rey de Israel, descienda ahora de la cruz". En estas acusaciones se mezcla el vino y la hiel, la verdad y el escarnio.

La muerte del Mesías es más espectacular en S. Mateo. A las doce "fueron tinieblas sobre toda la tierra hasta las tres de la tarde". A esa hora ocurrió la primera exclamación de Jesús, y después de beber el vinagre aceto, "habiendo otra vez exclamado con gran voz, dió el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de alto a bajo; y la tierra tembló, y las piedras se hendieron;

y abriéronse los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido se levantaron; y salidos de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron a la santa ciudad y aparecieron a muchos". En S. Marcos el centurión se conmueve por las palabras de Jesús y el modo de su muerte; en S. Mateo, por el terremoto, "y las cosas que habían sido hechas". No solo él, sino, "los que estaban con él, "temieron en gran manera, diciendo: Verdaderamente Hijo de Dios era este". La contestación que Jesús no quiso dar a los que pasaban, y al Concilio, Dios la da al centurión y a los que estaban con él. También Mateo da a entender que María, la madre de Jacobo y José, y María la mujer de Zebedeo, son dos personas diferentes. Estas mujeres miraban desde lejos.

S. Lucas y S. Juan añaden variaciones considerables al texto del **Evangelio**, ya conocido por ellos. Sus relatos están contruídos al rededor de las tres exclamaciones de Jesús, exclusivas en S. Lucas, y las tres en S. Juan. Sin embargo la exclamación registrada en los dos primeros, no aparece en estos. Ya la Iglesia se había extendido por todo el Imperio, las **koinonías** cristianas eran asambleas ilegales, delatadas por los judíos y perseguidas por los romanos. S. Pedro y S. Pablo habían sido acusados, y habían testificado la verdad del Evangelio con sus propios martirios. El **¿Quo Vadis, Dómine?** no fue una ficción para esta **koinonía** del primer siglo. Y S. Lucas, que había presenciado el martirio de su paciente y apóstol, escribe ahora dos poderosos alegatos: uno en favor de Jesús, y otro en favor de su Iglesia: **El evangelio y Los hechos Apostólicos**.

No fue la guardia pretoriana quien escarneció y azotó a Jesús, sino la soldadesca del notorio y malvado Herodes Antipas, asesino del Bautista. Desde antes, Jesús se había mantenido alejado de este zorro. (S. Lucas, XIII, 32). Tres veces protestó Pilato la inocencia de Jesús, "entonces Pilato juzgó que se hiciese lo que ellos pedían". Simón Cireneo, "que venía del campo", carga la cruz, a la zaga del Nazareno. Una gran multitud de pueblo y de mujeres le sigue, llorando y lamentando, a la cual Jesús habla con palabra apocalíptica:

Hijas de Jerusalem, no me lloréis a mí, mas llorad por vosotros mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros: y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué se hará?

“No es el siervo mayor que su Señor”, había dicho Jesús en la meditación de **La Vid**, “Si a mí han perseguido, también a vosotros perseguirán” (**S. Juan**, XV, 20). Cuando escribió S. Lucas ya se había cumplido esta lamentación sobre Jerusalem, bajo los ejércitos imperiales de Tito, en el año 70 A. C. No había ocurrido aún cuando escribió S. Marcos.

La primera exclamación la pronuncia Jesús al levantarse su patíbulo entre los dos malhechores. La bebida que le presentan los soldados, no es de misericordia, como en S. Marcos, sino de escarnio. Y el título, escrito en las lenguas del Imperio, de la Religión y de la Sabiduría—latín, hebreo y griego— es una combinación de S. Marcos y S. Mateo: **Este es el Rey de los Judíos**. La segunda exclamación es su respuesta a uno de los malhechores. Entre la hora de sexta y la de nona, desde el medio día hasta las tres de la tarde, en medio del cataclismo, descrito por S. Marcos y S. Mateo como posterior, agonizó Jesús, y lanzando su exclamación final, expiró.

El testimonio del centurión, siendo el comandante de la guardia pretoriana, tiene mucho peso. El vio lo que había acontecido, y habla el lenguaje del derecho romano, no el de la religión hebrea: “Verdaderamente este hombre era justo”. Y la multitud se retiró arrepentida, “hiriendo sus pechos”. El círculo de su intimidad miraba estas cosas desde lejos.

S. Juan sigue de cerca el relato de S. Lucas, pero sin compartir su intención apocalíptica. Aquí no hay Cireneo, el recuerdo de este africano está remoto, y en Efeso no se conocían sus hijos. No eran las nueve, sino las doce

cuando Pilato entregó a Jesús con las palabras: "Contemplad a vuestro Rey". Según S. Lucas, Pilato había enviado al reo donde Herodes. No había tiempo para que Jesús estuviese de regreso a las nueve. "Y llevando su cruz", dice S. Juan, "salieron al lugar que se dice **de la Calavera**, donde le crucificaron, y con él otros dos, uno a cada lado". Por primera vez S. Juan no usa la palabra **ladrones**, ni tampoco repite su historia, ya narrada por los sinópticos. El título trilingüe añade el gentilicio Nazareno, que ha permanecido en el tradicional INRI —**Jesús Nazarenus Rex judaeorum**. "¿Eres tú también galileo?", habían preguntado los fariseos irónicamente a Nicodemo. "Escudriña y ve que de Galilea nunca se levantó profeta" (S. Juan VII, 52). "¿De Nazaret puede haber algo bueno?", había preguntado Natanael a Felipe (*Ibid*, I, 46). Muchos de los judíos leían el título", dice S. Juan, "porque el lugar donde estaba crucificado era cerca de la ciudad". Por allí se pasaba, y "los que pasaban", y habían oído de Jesús, también unían sus ofensas a los de la multitud. "No escribas, **Rey de los Judíos**: sino, que el dijo: Rey soy de los Judíos". Era más ofensivo tener un **galileo** por Rey que a un romano por Pretor, y un Justo crucificado entre dos malhechores notorios.

Los cuatro soldados que le crucificaron reparten entre sí las vestiduras de Jesús, y se rifan su túnica inconsútil. ¿Quién había tejido esta túnica? Tal vez La Inmaculada, tal vez Marta o María, tal vez la Magdalena. Pueden romper su cuerpo, no su túnica; porque su túnica se va tejiendo en el tiempo para la eternidad; por fibras, las personas que su amor redime.

Según el discípulo amado, la primera exclamación desde la cruz va dirigida a La Inmaculada. En la agonía que sigue, lanza Jesús las otras dos exclamaciones, y habiendo gustado el vinagre, inclinó la cabeza, alcanzó la consumación de su obra, y dió el espíritu. En este punto lo ha pintado don Diego Rodríguez de Silva Velázquez.

En pie, cual hijo
que responde a su padre, libremente,

como tu cruz arrecho, con los brazos
de par en par abiertos, demostrando
ni arma celar ni engaño de tus pechos
en el cristal desnudo. Tú, obediente,
—que es obediencia la Razón— cual súbdito
del Amor; te cobraste, y de las garras
de Satán para el hombre rescataste
la libertad, que es de la ley conciencia,
que al conocerla se la da a sí mismo
quien la conoce. Tu cuerpo desnudo
nuestra ley es de libertad divina.

.....
Y te alzas cual la torre en que los hombres
han de aprender a hablar un solo idioma:
la lengua del espíritu, que canta
la gloria del Señor, y que se viste
con la flor de entender de cada pueblo...
En tí, Jesús, se hace uno tu lenguaje.
y todos comulgamos en tu verbo.

Un tercer escrúpulo de la piedad farisea “para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el sábado”, y de este modo, al estribar sobre los clavos y colgar sobre el madero, trabajasen su angustia en día de sábado, “rogaron a Pilato que se quebrasen las piernas y fuesen quitados”. Quebradas las piernas, así no podrían escaparse. Mas Jesús había muerto ya. La piedad manifestada con respecto a los treinta denarios, y al mantenerse fuera del pretorio, resultó ociosa en esta tercera ocasión. Uno de los soldados, al cual la tradición llama Longinos, abrió el costado con una lanza, “y luego salió sangre y agua”. S. Juan añade su rúbrica diciendo: “El que lo vió da testimonio... y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creais”. El evangelista evoca entonces la palabra del profeta Zacarías: “Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y harán llanto sobre él, como llanto sobre unigénito... Hiere al pastor, y se derramarán las ovejas...” (Cf. **Zacarías**, Caps. XII y XIII). Un extraño espíritu, como un fuerte viento sobre un campo de huesos secos, sopla de donde quiere, desde el profeta Ezequiel hasta S.

Juan, mas no sabemos de dónde, ni hacia dónde, “así es todo aquél que es nacido de Dios”, había dicho Jesús a Nicodemo.

Las Siete Palabras.

Este turbión huracanado, el **Ruach** que se movía sobre el caos desde la fundación del mundo, parece manifestarse una vez más sobre este caos moral en medio del cual agoniza Jesús. Las siete exclamaciones que registran los Evangelios, son como siete **logoi** del **Ruach**, informando de sentido la locura y el escándalo de la cruz. Los primeros dos **Evangelios** conservan la exclamación central y vestigios de la última. S. Lucas registra las dos primeras y la última; S. Juan, la tercera, la quinta y la sexta. Aunque mi distinguido ex-profesor F. C. Grant dude la autenticidad de la única palabra en S. Marcos, creo que sea ésta, quizás, la única auténtica, a pesar de las dificultades exegéticas (Cf. **The Interpreter's Bible**). Es innecesario preguntar por qué ocurre así, creo muy improbable encontrar una respuesta razonable. La conjetura más apropiada sería suponer que la meditación y la experiencia posterior de la **koinonía**, en medio de las persecuciones del primer siglo, hicieron comprender mejor a los evangelistas las enseñanzas que Jesús confió a los dos discípulos camino hacia Emmaús: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho”, les reprochará Jesús. Lo cual, en modismo arameo quiere decir: “Sin inteligencia, lentos de comprensión para creer. . .” Y prosigue S. Lucas: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, declarábaseles en todas las Escrituras lo que de él decían” (S. Lucas, XXIV, 25-27). Les explicó el **Torah**, los **Nebiim** y los **Kethubiim**, las tres partes de **La Biblia** hebrea. El Camino debió ser bien largo.

Este pasaje nos comprueba que en la conciencia de Jesús se desbordaba la enseñanza bíblica. El mismo **Evangelio** de S. Lucas narra, que, al comienzo de su ministe-

rio, al predicar Jesús en la sinagoga de Nazareth, y comentando al **Trito Isaías**, se identifica a sí mismo con la profecía diciendo: "Hoy se ha cumplido esta **Escritura** en vuestros oídos" (**S. Lucas**, IV, 21). Estas siete exclamaciones desde la cruz son también expresión del **Maqor Hayyim —La Fuente de las Vidas—** que salta aún sobre la muerte, como ya había dicho Jesús a la samaritana.

¿Cómo se explica el **Logos** de cada uno de estos **logoi**? Basta escribirlas, colocando al centro la de S. Marcos y S. Mateo, para que, al mirarlas no más, comiencen a revelar su profundo sentido.

1. Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (**Luc.**, XXIII, 34).
2. Mujer, he ahí tu hijo. He ahí tu madre(**Juan**, XIX, 26-27).
3. De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso (**Luc.**, XXIII, 42-43).
4. Eloí, Eloí, ¿lama sabachtaní? (**Mat.**, XXVII, 46).
5. Sed tengo (**Juan**, XIX, 28).
6. Consumado es (**Juan**, XIX, 30).
7. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (**Luc.**, XXIII,46).

Las Siete Palabras

Hirieron las tinieblas de la vida,
como tus pies hirieron, y tus manos,
siete palabras del dolor humano
abiertas en tu senda escarnecida.

Hablaste al Padre, por la ardiente herida:
"¿**Por qué me abandonaste?**" al odio insano
y a la ignominia de los hombres vanos
diste el perdón en tu piedad transida.

“¡Hoy estarás conmigo!” ¡La esperanza!
Hijos y madres en su pecho moran,
 y se calma la **sed** de los que lloran
Consumado en tu paz nuestro delirio,
 al **Padre Eterno** nuestro horror alcanza
 redimido en la cruz de tu martirio.

¡Eloí! ¡Eloí!

Según el **Evangelio** de S. Marcos, Pilato entregó a Jesús, para ser crucificado, a las nueve de la mañana. San Juan dice que como a medio día. Los discípulos sitúan en esa hora el cataclismo que rodeó la agonía de Jesús. Contrario a lo que piensan algunos comentaristas, creo que S. Marcos ha registrado la hora correcta, aún aceptando la versión de S. Lucas en cuanto al traslado de Jesús de Pilato a Herodes. Jesús era un hombre de gran vigor físico, y sin embargo, murió mucho antes de lo que esperaban los del Concilio y aún Pilato. Según S. Marcos, “Pilato se maravilló que ya fuese muerto; y haciendo venir al centurión, preguntóle si ya era muerto” (Cap. XV, 44). Mayor hubiese sido su sorpresa si Jesús hubiese sido crucificado a medio día. Jesús no cargó la cruz, sino Simón, el Cirineo. El Calvario estaba fuera de las murallas, pero cerca y en camino hacia Jerusalem. De modo que **La Vía Crucis** no duraría más de una hora. A las once ya se había levantado el patíbulo de Jesús entre los otros dos condenados. A las doce comenzó la agonía del Salvador.

La tradición concibe que durante esas tres horas, de las doce a las tres de la tarde, hubo tinieblas y temblores de tierra, relámpagos hendían la tiniebla y el trueno retumbaba en los aires. La sagrada sangre corría sobre el cuerpo del Mesías, lavada por la lluvia de los cielos. La soledad rodeó de angustia el cuerpo lívido y el espíritu abatido. En la tiniebla resplandecía la hostia de su cuerpo como la luz genésica en el abismo de la nada inicial. Los labios sagrados, resecaos de tormento y de quebranto, se entreabrían recitando los versos del salmista,

en la lengua vernácula del carpintero, en aquella misma habla que delató a S. Pedro, el pescador.

¡Eloí! ¡Eloí! ¿Lama sabachtaní?

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

El diálogo, en alta voz, entre el Padre y el Hijo, en el seno de la Santísima Trinidad, se inicia desde los comienzos de la divina Encarnación: “¿Que hay? ¿por qué me buscábais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar?” (**S. Lucas**, II: 49). Así explicó Jesús, a sus padres terrenales, su presencia en el templo. “Y aconteció” —narra S. Lucas— “que como todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y fue hecha una voz del cielo que decía: Tú eres mi hijo amado, en tí me he complacido” (**Ibid**, III, 21-22). Jesús cumplía entonces treinta años. Solamente el oído de la piedad oye este diálogo. En el **Evangelio** según S. Mateo, Jesús había dicho al Bautista: “Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia” (Cap. III, 15). También para que la justicia corra como un río desbordado (Cf. **Isaías**, 48, 18), es necesario que el Hijo padezca, abandonado, los sufrimientos del Mesías, previstos en el Salmo 22 y en el **protoevangelio** de Isaías:

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto: y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores, y nosotros lo tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él, herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados”.

“Este es mi Hijo amado”, dice la voz de Dios desde la nube de la transfiguración, “a él oíd”. Y hablaron con

Jesús, Moisés y Elías, “y hablaban de su éxodo, el cual había de cumplir en Jerusalem” (S. Lucas, IX, 30-36). En anticipación de su éxodo, se prolonga este diálogo en la eternidad del Gethsemaní: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas por esto he venido en esta hora”, dice Jesús en el **Evangelio** según S. Juan. “¡Padre, glorifica tu nombre!”. Entonces vino una voz del cielo: “Y lo he glorificado y lo glorificaré otra vez”. Y la gente que estaba presente, y había oído, decía que había sido trueno. Otros decían: “Angel le ha hablado”. Respondió Jesús y dijo: “No ha venido esta voz por mi causa, mas por la vuestra. Ahora es el juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Cap. XII, 27-31). Y por esta causa se continúa el diálogo en la cruz, para juzgar al Príncipe de este mundo, por causa de los que viven bajo el yugo del mundo. La gente dice que es trueno, pero es la voz de Dios.

¡Eloí! ¡Eloí! ¿Lama sabachtaní?

¿Por qué, Señor, en medio del tormento
se cierra la tiniebla en mi vacío,
y se despeña el agua de mi río
turbia en la soledad del pensamiento?

¡Eloí! ¡Eloí! Mi agudo sufrimiento
es gusano en la paz de mi albedrío,
oprobio de los hombres mi sombrío
clamor por el amor de tu sustento.

“¡Sálvale Jehová” —grita en ludibrio
el Shanhedrín, el pueblo que le mata,
y en confusión se pierde el equilibrio.

No te alejes, mi Dios, busco al hermano
en aquél que la vida me arrebató,
¡no estoy solo en el hueco de tu mano!

Hay una sola discrepancia entre los dos evangelistas que registran esta exclamación. En ambos son “algunos”

de los que están presentes quienes comentan: "A Elías llama este". Estos debieron ser romanos o judíos de la Dispersión, ya que un judío de Palestina no confundiría **Eloí** o **Elí** con **Elijah**. Pero en S. Marcos, es el mismo que le da de beber, probablemente un soldado romano, conecedor de las cosas judías, quien dice: "Dejad (**áphete**), veamos si vendrá Elías a bajarle" (**kathelein**). Mientras en S. Mateo son los otros quienes tratan de impedirlo, diciendo al soldado: "Deja (**áphes**), veamos si viene Elías y lo salva" (**sozon**). Ni el uno, ni los otros hubieran entendido la exclamación, aunque hubieran sido judíos de Palestina, y no de la Dispersión. Jesús hablaba en el lenguaje de un orden de existencia, el del **agápe** de Dios, el de la vida eterna, aunque hablase con palabras humanas. Los que le rodeaban hablaban el lenguaje de otros órdenes de existencia — el natural y el histórico— aunque hubiesen escuchado palabras divinas. Jesús entiende su lenguaje, y los perdona; ellos no entienden el lenguaje de Jesús, y lo torturan.

¡Eloí! ¡Eloí! ¡Lama sabachtaní?

¡Padre, perdónalos!

Esta disparidad de referencia a diversos órdenes del ser, ilumina el sentido de la primera palabra, según el **Evangelio** de San Lucas, y las otras cinco igualmente. "Y como vinieron al lugar que se llama de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Hemos comentado la exclamación anotada por S. Marcos y S. Mateo en primer lugar, por ser la única que registran estos **Evangelios**, los más cercanos a las fuentes originarias, en orden de tiempo. A pesar de las dudas del distinguido profesor Fredrick C. Grant, en cuanto a su autenticidad, esta palabra es el fulcro donde se apoya el sentido de las otras. Es el momento más profundo del diálogo desesperado ¡Adentro! muy adentro en la Trini-

dad, no ya con referencia al **Exodo** de Jesús de Jerusalem, sino en cuanto al **Exodo** del hombre por el camino de su redención.

“Y cuando él viniere”, había dicho Jesús acerca del Espíritu Santo, “convencerá al mundo de pecado, y de justicia y de juicio: De pecado, por cuanto no creen en mí; y de justicia, por cuanto voy al Padre; y de juicio, por cuanto el Príncipe de este mundo es juzgado”.

Pecado, con respecto al hombre; su redención y justificación, con respecto al Padre y al Hijo; y condenación, con respecto a Satanás, símbolo del misterio del Mal y del Bien. “Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo: por el cual también tenemos entrada por la fe a esta gracia... y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”, concluye el apóstol Pablo (**Romanos, V:1 et sqts.**). Y esta esperanza se funda en la desesperación de la cruz. En sus tres primeras palabras, los ojos piadosos del Señor miran hacia fuera: al mundo, al ladrón, al Hijo y a la madre; en su cuarta palabra miran hacia dentro, hacia sí mismo; en las últimas tres, el afuera y el adentro se concentran en Dios: “Como el siervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por tí, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo” (**Salmo, 42:1-2**).

“¡Y en mi sed me dieron a beber vinagre!”

(**Salmo LXIX, 21**).

En 1931, cuando yo terminaba mis tres primeros años de estudios teológicos, salió en inglés, el libro **Christus Victor**, las Conferencias Olaus Petri, dadas por el profesor Gustaf Aulen, en la Universidad de Upsala, en Marzo y Abril de 1930. El título original de la obra fue **Die drei Haupttypen christlichen Versöhnungsgedankens (Los tres modelos principales con respecto a las doctrinas de la redención)**. Estos tres modelos son el clásico o patristico, llamado también el dramático, de ahí lo de **Christus Victor**;

el latino, anselmiano o legalista, y el moralista o psicológico. En teología también hay modas, y muy pronto la tríada de Aulén se difundió por todo el mundo teológico. Hubo un **Christus Víctor** en Puerto Rico también, ya olvidado. Hay un cuarto modelo, el de Jesús en los Evangelios. "O haced el árbol bueno, y su fruto bueno", enseña Jesús, "o haced el árbol corrompido, y su fruto dañado; porque por el fruto se conoce el árbol" (**S. Mateo**, XII, 33). "La lámpara del cuerpo es el ojo, así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso: mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso..." (**Ibid.** VI, 22-23). La redención consiste en transformar el árbol malo en bueno, el ojo insincero en sencillo, y derrotar **El Malo** al destruir el mal por regeneración de la persona. Adam sigue siendo el campo de batalla entre Dios y Satanás, y **Cristo es Victorioso** por ser nuevo Adam en el Huerto del Gethsemaní. Los tres modelos de Aulén están presentes y trascendidos en el de Jesús: el modelo de la nueva criatura (**Gálatas**, VI, 15). El misterio de Cristo se comprende al comprender el de la nueva criatura.

Todos los púlpitos del mundo cristiano resplandecerán, en este día, con muchas luces artificiales en torno al sentimentalismo que esta palabra evoca: ¡Perdón! Pero esta palabra no fue dicha para abrir las compuertas de un vacío emocional: es la idea nuclear de la fe cristiana: "Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". Es por este modo como nos arrebató Dios de la tentación y nos libertó del malo. "Porque si perdonareis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre Celestial" (**S. Mateo**, VI, 9-15). Como en todas las promesas de Dios, se trata de una relación mutua, de una correspondencia entre el misterio de Dios y el de su imagen, la persona del hombre. No es un negocio, es la más profunda dinámica del espíritu. Según el **Evangelio** de **S. Lucas**, el ungimiento de Jesús para su muerte, por una mujer pecadora, ocurrió en casa de Simón, el fariseo, como ya hemos comentado. Del contraste entre el Fariseo y la mujer anónima, pero muy pecadora, resalta esta

doctrina central del cristianismo: ¡**doctrina, no emoción vacía!** “Simón, una cosa tengo que decirte...” ¡Una sola! ¡Aquella sola cosa que escuchó María, la hermana de Marta y de Lázaro! ¡La mejor parte, la cual no le será quitada, porque es el puro centro del misterio de Dios! “Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados?” Y eso es lo que importa: saber quién es éste que perdona.

Lucas no registra una palabra sentimental; sino una exclamación tan profunda en sentimiento como en idea, y emocional por su luminoso pensamiento. Este evangelista es el único griego. Fue “el médico amado” de S. Pablo (**Colosenses**, IV, 4), y su mejor defensor en su segundo tratado: **Los Hechos Apostólicos**. La influencia de su **Evangelio** en el de S. Juan, es tan profunda como la de S. Pablo en la fe de su “médico amado”. **Perdonar** y **saber** no están unidos al acaso sentimental en S. Lucas, como tampoco es por azar que el concepto griego de **Logos** pasa a ser el nombre de Jesús en S. Juan. El cuarto **Evangelio** ataca al gnosticismo, el peligro del cual no había pasado aún. Cuando dice: “En el principio era el **Logos**, y el Logos era juntamente con Dios, y era Dios...” S. Juan tiene plena conciencia intelectual de lo que está escribiendo, como la tenía S. Lucas al anotar: “¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!” S. Lucas y S. Juan sí sabían, porque ya habían sido perdonados y sabían perdonar.

¿Cómo se hace bueno el árbol malo? Preguntad a S. Pablo cómo se injerta el árbol bueno en el árbol malo. “Si el primer fruto es santo, también lo es el todo; y si la raíz es santa, también lo son las ramas” (**Romanos**, XI, 16). ¿Cómo se hace sencillo y luminoso el ojo insincero y tenebroso? Preguntad a S. Juan: “La luz en las tinieblas resplandece... y a todos los que le recibieron dióles potestad de ser hechos hijos de Dios” (Cap. I, 5 y 12). El **perdón** en Cristo es la expiación de los hebreos, como se explica en **La Carta a los Hebreos**. El saber en el perdón es la superación de la filosofía griega. La cruz es tropezadero para los judíos, es absurdo para el grie-

go; mas para el que asume el misterio del perdón de la cruz, es la dinámica de Dios y la sabiduría de Dios (I **Corintios**, Cap. I). "Porque en Cristo Jesús, ni lo hebreo vale nada ni lo griego, sino la nueva criatura" (**Gálatas**, VI, 15). Pero también en Cristo Jesús, lo hebreo y griego quedan superados en un perdón más eficaz y una sabiduría más profunda.

Para exponer esta sabiduría por el agápe de Dios que perdona, en Cristo, hemos escrito estas Meditaciones. Al grito de "¡Eloí! ¡Eloí! ¿lama sabachtaní?" despierta el entendimiento y evoca la palabra de perdón, la locura de la cruz, en la cual están cifrados "los tesoros del cielo", tesoros de auténtica sabiduría (**S. Marcos**, X, 21). Estas **Meditaciones** son pregones para iniciar al que escuche en la búsqueda de esta "perla de gran precio" (Cf. **S. Mateo**, XIII, 46).

Todo saber está ordenado al ser, al tiempo, a la persona y al hacer o conducta de la persona. Pero así como hay una escala de seres, la hay también de saberes, de tiempos y de vidas o haceres, como enseña el Evangelio. La ciencia natural contemporánea nos ha demostrado que los primeros seres de la escala son los que unen o integran en sí fuerzas físicas: el átomo y las moléculas. Los llamados protones, neutrones y electrones son **vectores**, o fuerzas con dirección o voluntad propia, es decir, con una manera de actuar que le es particular y los lleva a integrarse en átomos y moléculas. El segundo grado o peldaño de esta escala de Jacob, lo forman los seres integradores de estos átomos y moléculas: las plantas. El tercer grado lo constituyen los seres que se extienden, e integran en todo el espacio terrenal: los animales. En cuarto grado, los seres que integran el tiempo histórico, los hombres. Y en quinto grado los seres que tienden a alcanzar el cielo, como en la historia de la torre de Babel, integradores de la libertad personal: sociedades, estados, humanidad e Iglesia.

Estos seres, como ya hemos comentado, se dan en tres tiempos: el natural, el histórico y el eterno. "Toda carne", dice S. Pablo, en una certera analogía, "no es

la misma carne... y cuerpos hay celestiales y cuerpos terrenales... porque una estrella es diferente de otra en gloria..." (I Corintios, XV, 39-49). La **doxa** o gloria, es apariencia, resplandor, y también saber parcial o gradual. A la **doxa** de los seres naturales ha llamado Walter Cannon, con título genial, **The Wisdom of the Body**. A la **doxa** de los seres históricos ha llamado Jacques Maritain, **Grados del Saber**. Al saber auténtico, al saber de Dios, ha llamado el apóstol Pablo, el **nous** o mente de Cristo. La vida y conducta que pertenece al saber natural se funda en el afecto **eros**, en el erotismo. La vida que corresponde a los seres históricos y cultos, se funda en la **filia** o querer de S. Pedro, la **amicitia**, de Cicerón. La vida abundante que promete Jesús a Nicodemo y a la samaritana, se funda en el **agápe**, el Camino hiperbólico de que habla S. Pablo (I Corintios, XII, 31). En medio de esta constelación de seres, tiempos, saberes, afectos y vidas está el Hijo de Dios, a la derecha del Poder de Dios, y "Dónde yo estoy", ha declarado el Hijo, "quiero que vosotros también estéis". A esta constelación, con el Mesías de centro, ha llamado S. Pablo "la reunión de todas las cosas en Cristo" (Efesios, I, 10), o sea el "institauratio omnia in Christo" de la **Philosophia Christi** renacentista; porque esta es la vocación del hombre en el perdón de Dios.

¿Por qué se frustra esta maravillosa visión? ¿Por qué se retrasa la Parousia? Porque los hombres: Herodes, Pilato, Caifás, Longinos, Dimas, los escribas, los saduceos, los herodianos, Judas y Pedro "no saben lo que es de Dios sino lo que es de los hombres". El pueblo es como rebaño de ovejas sin pastor (S. Marcos, VI, 34), pero los otros no. "Si yo no hubiera venido", había dicho Jesús, "ni les hubiera hablado, no tendrían pecado, mas ahora no tienen excusa de su pecado" (S. Juan, XV, 22). "Si fallor sum", dijo S. Agustín. Ser, es ser caído, como Adam. ¿Y por qué? Por la fuerza de gravitación del Yo, centro de gravedad del ser humano, que quiere, pasionalmente, "ser como Dios". Esta es la tentación que deforma el yo ineludiblemente, en los años infantiles de la formación, antes que Adam salga del Paraíso, como lo

ha descrito en su novela Armando Palacio Valdés. Ese Yo, deformado por la ambición de ser dios, percibe o interpreta todas las cosas en función de su deformidad: un saber a medias, maltrecho y peligroso, la ambivalencia del Bien y el Mal. La peor consecuencia de ese saber se llama Judas, traidor de sí mismo; la menor, se llama Pedro, negador de Dios, hasta que aprenda a negarse a sí mismo. Amar al prójimo como a sí mismo, en estas circunstancias, no pasa de ser afecto **eros** o **filia** en su máxima expresión, siempre en precario e inseguro. Aprendemos a amar al prójimo con abundancia, con afecto **agápe**, cuando comprendemos el amor que implora: "¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Y esa es la redención.

El amor **eros** y el amor **filia** pueden llegar hasta conciliar los intereses de Herodes y Pilato, hasta la coordinación de la cobardía y el deshonor. El amor **agápe**, resplandeciente en las palabras de la cruz, restaura el poder concedor del Yo para percibir la verdad libertadora, en el propio centro de la constelación de todos los seres. Y la verdad libertadora se manifiesta en vida eterna. "El que quisiere entre vosotros hacerse grande", había dicho Jesús a los Hijos del Trueno, "será vuestro servidor... Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos" (**S. Mateo**, XX, 25-28). Entonces los hombres saben lo que hacen, y son como aquel que edifica su casa sobre la roca, porque han recibido el **Logos** de Dios para hacer de la Palabra vida eterna.

No saben lo que hacen, Padre Santo,
perdona su torpeza alucinante,
aunque mi cuerpo, sin piedad, sangrante
destrocen con clavos de su espanto.

"¡Sálvele Jehová si le ama tanto!"
escarnece la chusma, agonizante
su corazón de cera palpitante
se deshace al calor de su quebranto.

“Oistes que fue dicho... Mas yo os digo:
No maldigáis, amad al enemigo”,
el Nazareno en el Sermón del Monte

enseñó a orar por el que ultraje acaso,
y cuando muera el sol de tu horizonte
saldrá Dios tras la noche de tu ocaso.

Hoy mismo estarás conmigo.

“Y llevaban también con él otros dos, malhechores, a ser muertos. Y como vinieron al lugar que se llama de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y uno de los malhechores le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a tí mismo, y a nosotros. Y respondiéndole el otro, reprendiéndole, diciendo: ¿Ni aún tú temes a Dios, estando en la misma condenación? Y nosotros, en justicia, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos: mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vinieres a tu Reino. Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

Solamente S. Lucas narra este diálogo. Los otros evangelistas se limitan a mencionar los compañeros de patíbulo. ¿Cuál es la fuente de S. Lucas? Tal vez S. Pedro, o S. Pablo o el Cirineo. No importa. Lo que sí importa es que el diálogo pertenece “a las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas” y “a la verdad de las cosas” en las cuales Teófilo había sido enseñado (S. Lucas, I: 1-4).

Estos dos hombres eran ladrones, según S. Mateo y S. Marcos. Según S. Juan eran “otros dos”, S. Lucas los llama **kakourgoi**, es decir malhechores. Dimas, el buen ladrón, nos dice el resto: están allí por la misma causa o **KRIMA** de Jesús, pero con una diferencia, a ellos los sentenciaron en justicia, según la evidencia de sus hechos, pero Jesús no hizo nada **atópos**, fuera de lugar. Uno de ellos se une a los insultos de los que no saben lo que hacen. ¿Lo sabe Dimas? Tal vez no. Ambos habían si-

do zelotes: el mismo delito por el cual se condenaba al **Rey de los Judíos**. El afecto **eros** hace hablar al mal ladrón: "Si eres el que esperamos, el líder de nuestra independencia, comienza por salvarte a tí mismo, y a nosotros, que somos tus colegas". Este es el lenguaje de la historia, de la cultura y de la naturaleza del afecto **eros** y **filia**, que puede aberrar hasta la traición, la negación y la blasfemia, el mismo lenguaje de Judas, de Pedro y de los hermanos Boanerges. S. Lucas lo llama **blasfemia**, es decir calumnia, mentira, por ser lengua pre-matura, sin profundidad ni reflexión, como un **blastós** o retoño infantil.

Jesús no contesta a esta aberración; pero Dimas contesta **pensando las palabras**, según el texto de S. Lucas: es decir, estableciendo una distinción entre una condenación justa —por crimen político— y una injusta, por error semántico, por no entender el sentido del término Reino de Dios, como había aclarado Jesús a Pilato: "Mi Reino, no es de este mundo"... porque es el Reino de la **Verdad**. Y Pilato lo entendió obscuramente, pero fingió no entenderlo, a causa del miedo inspirado por un Yo deforme; y actuó conforme a su miedo aberrado y no conforme a su sospecha de la verdad. Así también Dimas, pero contrario a Pilato, hizo conforme a la verdad sospechada, aunque no plenamente entendida. Esa es la verdad de la fe, la que aparece al borde de la muerte. La primera exclamación desde la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen", abrió de súbito, para este buen zelote, el camino de la verdad hacia la vida, el camino que sobrepasa por sobre todos los dones de Dios, el camino del **agápe**, del amor divino. Y entendió de súbito, con el saber que imparte ese amor, el que conoce como es conocido (**I Corintios XIII, 11-12**).

Jesús había hablado en Galileo, en su vernáculo humano. Pero cuando hablaba Jesús, el Verbo divino, el que irradia desde el propio centro de la constelación de los seres, impregnaba de luminosidad el Verbo humano. Y ahora Jesús vuelve a hablar, desde el corazón de Dios: "Yo te digo Amén: Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso". Son las mismas notas, o palabras de un lengua-

je o melodía humana, pero transportadas a una clave divina. Y Dimas las entendió muy bien, aunque nunca hubiese hablado ese lenguaje musical.

“¡Acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu Reino carece de sentido en la clave musical del Reino de Dios, porque la memoria es una melodía del reino del César, en tiempo **cronos**, y **kairos**, o histórico. El **Reino de Dios** es un Oratorio, en tiempo **telos**, el final, donde se cumple el propósito de Dios, mejor que en el **Mesías**, de Handel. Pero el Reino de Dios es también eterno, desde el Alfa al Omega, y traspasa los tiempos **cronos** y **kairos** inundándolos con su luz. Jesús habla de nuevo al verbo humano, y asegura al buen ladrón: “Hoy mismo” —en este día, en este tiempo de aberración, “estarás”, cosa de lugar, de espacio local, como los clavos de la cruz están, con el cuerpo, en el madero. Pero “estarás **conmigo**”. El **Hoy** y el **Estar** del lenguaje humano se transportan a la clave del Verbo de Dios. El **Paraíso** es el jardín humano-divino del Edén, restaurado en la Persona de Jesús. Donde esté Jesús, aunque sea Gethsemani o el Monte del Cráneo, allí está el Huerto de Dios, el Paraíso, el centro de los cuatro ríos, el centro de la constelación de los seres; allí se pasea Dios al aire del día (**Génesis**, III, 8). “Morará el lobo con el cordero, y el tigre con el cabrito se acostará... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová...” (**Isaías**, XI, 6 y 9). Ese día, el Monte de la Crucifixión fue el monte santo para Dimas; porque allí estaba el trono de Dios y del Cordero Pascual (**Apo-calipsis**, XXII, 3).

Desde la cruz, donde por culpa fuiste,
malhechor contra el César condenado,
te mostró Dios los antros del pecado,
y al Reino de los Cielos ascendiste.

La vista al Invisible dirigiste,
por el Manso Cordero a tu costado,
y “Acuérdate de mí”, Crucificado,
“en tu Reino de gracia”, le dijiste.

"Amén te digo, hoy estarás conmigo",
del Paraíso en el eterno sueño,
y fuiste allí de su pasión testigo.

Por sobre el tiempo y del espacio dueño,
liberto fiel del soberano empeño,
cuando el Mesías te llamó su amigo.

Mujer, he ahí tu hijo.

Han pasado treinta años y todavía recuerdo el 1932, mi primer año como pastor de la Iglesia Bautista de Barranquitas, y el primer culto del Viernes Santo. Había repartido las Siete Palabras entre los miembros más destacados de la iglesia, y a una conocida y muy respetada maestra de escuela encomendé el comentario de la tercera. Usábamos alto-parlantes. Y en el momento de ella hablar, pasaba frente a nuestro templo la procesión de la Iglesia católico-romana. Ella recitó el pasaje del **Cuarto Evangelio**, pausada y piadosa, y luego guardamos silencio hasta que pasó la procesión. Así fue mejor. Era una buena maestra. Pero es verdaderamente lamentable que esta palabra, y todo lo concerniente a La Virgen María, **gratiae plena**, sea materia controversial.

Mi propósito, en estas **Meditaciones**, ha sido destacar el concepto de **Reino Inmóvil**, tomado de la Carta a los **Hebreos**, como instrumento u **Organón** de exploración de los saberes para alcanzar la verdad o **Logos** universal, encarnada en Jesús de Nazareth. Mal podría cumplirlo si en vez de invitación mi libro fuera desafío. Desde la publicación de mi **Agraz**, me anima siempre un espíritu ecuménico y si a veces me he encontrado combatiendo por la verdad, en vez de en la verdad, débese a la "otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo. . ." (**Romanos**, VIII, 23). Ruego a los católico-romanos, mis hermanos según la carne, y mis primos según el **nous** o sentido que hubo en Cristo, y también a los protestantes, con quienes me une la confianza en **La Biblia** como pedagogo para **ser creado (gégonen)** en Cristo (**Gálatas**, III, 24), que

mediten conmigo en el espíritu que anima estas **Meditaciones**.

El pasaje que vamos a leer aparece solamente en el **Evangelio según S. Juan** (Cap. XIX, 25 et sqts).

Y estaban junto a la cruz de Jesús, su madre, y la hermana de su madre, María de Cleofas, y María Magdalena. Y como vio Jesús a la madre, y al discípulo que el amaba, que estaba presente, dice a su madre: "Mujer, he ahí tu hijo". Después dice al discípulo: "He ahí tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo.

Anotemos no más de seis observaciones sobre este perícope.

1.—"Desde aquella hora..." es un modo de certificarlo como auténtico: María y el discípulo, el cual escribe estas cosas (Cf. Cap. XXI, 20 y 24), estaban junto (**pará**) a la cruz, no mirando desde lejos (**apó mak-póthen**) como dicen los sinópticos. Lo cierto es que entre las mujeres que estuvieron presentes, los sinópticos no mencionan a María Inmaculada, ni junto a, ni desde lejos. Y en el resto del relato, o del **Nuevo Testamento**, no se vuelve a mencionar a La Inmaculada, con excepción de S. Lucas, en su segundo tratado, que la menciona como presente en Jerusalem, en los primeros días, después de la resurrección. Estaba con sus otros hijos, los hermanos (**adelphoi**) de Jesús (**Hechos**, I, 14). Esto nos permite inferir que estuvo con las otras mujeres a unguir el cuerpo sepulto de Jesús, y presente en las demás apariciones; pero los evangelistas ni aún S. Juan, lo dicen. Este hace constar que apareció primero a María Magdalena, de la cual, según S. Lucas, habían salido siete demonios (**S. Lucas**, VIII, 2).

2.—Jesús no se casó no tuvo familia, María sí tuvo hijos e hijas, según los **Evangelios** (cf. **S. Marcos**, III, 32 y VI, 3; **S. Mateo**, XII, 45 y XIII, 55 y **S. Juan**, II, 12 y VII, 3).

3.—La actitud de Jesús hacia su familia fue paradójica desde el principio. S. Lucas relata el incidente en el templo cuando a la edad de doce años Jesús se recibió como **ben-Torah**, hijo del Pacto, o de la Ley. “Y díjole su madre. ‘Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con dolor’. Entonces él les dice: ‘¿Qué hay? ¿perqué me buscábais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar?’ Mas **ellos** no entendieron las palabras que les habló”. La escena está narrada con suma naturalidad; pero también con sumo rigor “para conocer la verdad de las cosas”, según S. Lucas. Su padre terrenal lo buscaba, Pero él estaba ocupado en los negocios de su Padre celestial, por absoluta necesidad (**dei**), y sus padres terrenales no lo entendían. El comentario del evangelista es conclusivo. Si embargo, Jesús “estaba sujeto a ellos”, mientras crecía en sabiduría y gracia, “Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón”. La distinción de planos de existencia, y a la vez su coordinación es clarividente: esa es la paradoja.

En las bodas de Caná, la frase de Jesús es aún más directa. Sólo conocemos el idiotismo griego: “¿Qué a mí y a tí, mujer?” No sabemos cuál sería la frase en galileo. Pudo significar “¿Qué se nos da a nosotros?” O pudo significar “¿Qué sabes tú de mi hora, es decir, de mi deber en el tiempo?” **Mujer**, es el mismo tratamiento que usó Jesús desde la cruz. Suponemos que es tan honroso ser mujer como ser madre, uno de los deberes del ser mujer. Esta es la segunda ocasión, registrada en los **Evangélicos**, cuando Jesús declara que los suyos no lo entienden.

La tercera ocasión la narra S. Marcos: “Y agolpóse de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan. Y como lo oyeron los de su lado (**hoi par' autou**) vinieron para someterlo: porque decían: ‘Está fuera de sí’ (**exéste**). Estar fuera, estos son los mismos semantemas de **éxtasis**, que usa el apóstol Pablo al hablar de sí mismo: “Si **loqueamos** es para Dios; y si **estamos en seso** es para vosotros”. Se establece un contraste entre **exés-temen** y **sophronoumen**. **Phrónimos** es el hombre prudente del **Sermón del Monte** y las vírgenes que entraron a las

bodas. Lo contrario del egoísmo humano, que consiste en la concentración de todo en el Yo, devorador y deformado, es el éxtasis, la pérdida del centro de gravedad de la persona. Si el éxtasis no está contrapesado por la **phrónesis**, en atención al servicio del prójimo, el resultado es la de personalización o locura. Otra vez la disparidad de planos de existencia hace creer a "los suyos" que Jesús estaba loco. Los escribas lo acusaban de endemoniado. "Vienen después sus hermanos y su madre, y estando fuera, enviaron a él llamándole... Y él les responde: "¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciera la voluntad de Dios, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre" (**S. Marcos**, III, 21-35). Así conecta S. Marcos estos tres incidentes.

Sin embargo, Jesús reconoce el valor humano de la familia y condena a los fariseos porque, con argucias, invalidan el mandamiento de honrar padre y madre (**S. Mateo**, XV, 1-6 y **Efesios**, VI, 3), y ordena a sus discípulos: "Dejad a los niños, y no se lo impedáis de venir a mí; porque de los tales es el Reino de los Cielos" (**S. Mateo**, XIX, 14 y **S. Lucas**, XVIII, 17). Pero en el plano del tiempo eterno: "El que ama padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama hija o hijo más que a mí, no es digno de mí" (**S. Mateo**, X, 37). Y a un discípulo que deseaba enterrar al padre, antes de seguir a Jesús, le dijo: "Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos" (**S. Mateo**, VIII, 21-22). Esta distinción de planos no la entendían los suyos.

4.—La actitud de la familia hacia Jesús, en consecuencia, está bien expresada por S. Juan con ocasión de la fiesta de las cabañas, en Jerusalem. "Y dijéronle sus hermanos: Pásate de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Que ninguno que procura ser claro, hace algo en oculto... Porque ni aún sus hermanos creían en él". A lo cual respondió Jesús: "Vosotros subid a esta fiesta; yo no subo aún a esta fiesta, porque mi tiempo aún no es cumplido" (**S. Juan**, VII, 1-9).

5.—Aunque la familia de Lázaro era favorita de Jesús, solamente María supo hacer la distinción de planos de existencia, y “escogió la buena parte”, la única cosa necesaria, el valor supremo. Y esto, según opinión de Jesús.

6.—Al cabo de estas observaciones concluimos que la exclamación: “Mujer, he ahí tu hijo! ¡Hijo, he ahí tu madre!” significa sencillamente que, en el Reino de Cristo, todas las mujeres son madres y todos los hombres son hijos. El Reino es una sola familia, hija de un solo Padre —el Dios viviente, el cual no es Dios de muertos— como enseñó Jesús a los saduceos. En las nuevas criaturas los enlaces de la vida natural, del parentesco de la sangre, y de la vida histórica, el parentesco de la cultura, quedan superados en la vida de Dios.

En su **Carta a los Gálatas**, S. Pablo menciona a Jacobo, “el hermano del Señor”, con quien habló en Jerusalem tres años después de su experiencia en el camino hacia Damasco (Cap. I, 18-19). Pero nada nos dice de María, madre del Señor. Suponemos que ella vivió el resto de sus días protegida por S. Juan, tal vez en Efeso. S. Juan dirige su segunda carta a “la Señora Elegida”. Para la piedad cristiana La Inmaculada fue **La Elegida** del Señor, y para el Señor fue la mujer y la madre universal, “Haced todo lo que os dijere”, son sus palabras con respecto al Hijo (**S. Juan**, II, 5). Y la transfiguración se cumple.

Eres el Dios, desde encarnado el Verbo
en el vientre sin mancha de María.

Echado en Dios, desde una cruz porfía
también por ella en su dolor protervo.

Cuando la entraña le arracaba el cuervo
negro de inquina, en su alma florecía
la piedad, hacia donde padecía
una mujer en sufrimiento acervo.

“¡Mujer!... ¡tu hijo!”, dijo señalando
al discípulo amado, y le encomienda
de su terrena encarnación la prenda,

Y en su dolor, el soberano gozo,
miró a los dos abismos, proclamando
en el Reino de Dios un sólo esposo.

Sed tengo.

Las exclamaciones de Jesús desde la cruz hay que entenderlas fijándolas **in situ**, y su situación está suspendida, desde lo alto de la cruz, entre los tres órdenes de existencia que hemos señalado: el eterno, el histórico, el natural. En su introducción al **Cuarto Evangelio** para la **Interpreter's Bible**, dice Wilbert F. Howard, "el lector contempla al Jesús histórico, y sin embargo, lo ve iluminado por la experiencia cristiana". Porque este **Evangelio** es una integración de la historia y de la eternidad; es intensamente judío en su fondo ideológico, y aún en su estilo; pero es también una presentación, profunda y sencilla, de la fe cristiana (**Op. Cit.**, vol. VIII, p. 437 **et passim.**).

Hemos dicho que la exclamación céntrica: "¡Eloí! ¡Eloí! ¡Láma sabachtani?" es la expresión de la turbulencia interior, de la percepción de la mirada dirigida hacia sí mismo, en la actitud devota del Gethsemaní. Concentrarse en sí mismo produce la exarcebación de la angustia, simbolizada en sed. Salir de sí es volcarse en éxtasis hacia la tierra, hacia los que no saben lo que hacen, hacia el buen ladrón, hacia la madre y el discípulo amado; o hacia los cielos, desde donde el Padre celestial hace que su sol salga sobre malos y sobre buenos, y que llueva sobre la granja del bueno y la del malo (Cf. **S. Mateo**, V, 45). Y así se engendró la paz de Dios, dinámica y creadora.

El ascenso gradual de estas últimas tres exclamaciones, desde el corazón humano de Jesús, hasta el centro del corazón cósmico de Dios, recorre los tres órdenes de existencia, y así hay que comprender el sentido de las palabras. "Después de esto", narra S. Juan, "sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, para que la Escritura se cumpliese dijo: ¡Sed tengo! Y estaba allí un va-

so de vinagre; entonces ellos hicieron una esponja de vinagre, y rodeada a un hisopo, se la llegaron a la boca". El darle de beber más parece un acto de misericordia que de crueldad, sin embargo S. Lucas lo narra así: Escarceaban también de él los soldados, llegándose y presentándole vinagre". S. Marcos y S. Mateo lo relatan de otro modo: "Y corrió uno, y empapando una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, le dió de beber..." Lo más probable es que fuese un soldado quien, condolido del reo, alzó una esponja en la punta de su javalina y le dió de beber. ¡Hasta un soldado del Imperio puede tener corazón humano!

Esta exclamación, ¿es monólogo o diálogo? S. Juan interpreta el **nous** o sentir de Jesús, primero, porque sabía que todas las cosas eran ya cumplidas; segundo, para que la Escritura se cumpliera. Jesús realiza su vida terrenal conforme al **telos** o propósito eterno de Dios, contemplado desde el principio. "Antes que Abraham fuese, yo soy", había declarado Jesús (S. Juan, VIII, 58). Las cosas llegadas a este fin, a este cumplimiento, son aquellas que van llenando el tiempo de eternidad, y son las que se revelan en la Escritura, como lo describe S. Pedro: "antorcha que alumbra en lugar obscuro" o como lo describe S. Pablo: "en parte, por enigma" (I Corintios, XIII, 12). Y así describe el profeta los sufrimientos del **Mesías**:

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino, mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. . . Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento. (I. Isaías, LIII, 6 y 10).

Bajo esa carga Jesús sangró, sudó, padeció, "su lengua se pegó a su paladar", y en el **rigor mortis** tuvo sed; sed del orden natural de existencia, sed de la carne. Sube a flor de sus labios el caudal de la Escritura Sagrada, y oímos el murmullo de su fuente, como agua de la peña de Horeb en medio del desierto (Salmo 95:8 y Exodo XVII, 2-7). Es el **telos** del Padre, su voz en la Escritura, y debe llenarse con la fuente de su sangre. La lanza de Longinos

hace brotar del costado herido sangre y agua, como la fuente en el desierto, como lo hizo Moisés de la peña de Meribah. No es monólogo, es diálogo. Sus aguas “saltan para vida eterna”. El don de Dios es el agua que calma la sed para siempre, porque es el agua viva, y de esa agua tiene sed hasta su propio Hijo. Mas en la Jerusalem celestial, “un río limpio de agua de vida, saldrá de debajo del trono del Cordero” (**Apocalipsis**, XXII, 1), el río de su gracia.

“Mi lengua se pegó a mi paladar”,
así el salmista de la angustia canta,
cuando el dolor de su visión le espanta,
Job del martirio en sucio muladar.

“Secóse como un tiesto” el hontanar
—**Maqor Hayyim** de la palabra santa—
“ el polvo de la muerte se levanta”
y perros al divino calcañar.

“Cuadrillas de malignos me cercaron,
pies y manos con clavos horadaron”,
contar pueden tus huesos, Jesús mío,
“Sed tengo”, en tu agonía les dijiste,
y te dieron vinagre, cuando fuiste
Fuente de Vida para el hombre impío.

¡Consumado es!

“Y como Jesús tomó el vinagre, dijo: ¡Consumado es!” ¡Una sola palabra en el **Evangelio** de S. Juan: ¡**Tetélestai!** La tercera persona, singular, de perfecto de indicativo, pasiva, del verbo **teléoo** que quiere decir terminar, completar, concluir, finalizar, realizar un propósito o **télos**, llegar a un fin. Esta es una palabra que desborda sentido. Y la dijo en continuidad con la anterior: porque **todas las cosas** (**ta panta**, hubiera escrito Parménides) y también la Escritura, alcanzan su plenitud de sentido y tocan a su fin, cuando la carrera mortal de Je-

sús cumple su finalidad en la cruz. Esta relación de fin y plenitud simultáneamente en Jesús y en la creación, no aparece clara en la lengua española, pero sí en el texto original del **Evangelio**: “**Metá touto eidós jo Iesus joti éde pánta tetélestai, jina tetelóthe je graphe...**” “Después de esto, viendo Jesús que todas las cosas **tetélestai** (eran ya cumplidas) para que la Escritura se cumpliera (**tetelóthe**) dijo: “Sed tengo”. Y después de tomar el vinagre, volvió a decir: ¡**Tetélestai!** —¡**Todas las cosas han sido cumplidas!**”

El Evangelio de S. Juan tiene la sencillez del niño, de la semilla y de la luz; de todo lo grande, lo profundo y lo infinito; es transparente y sin fronteras. Esta palabra queda suspendida en el ámbito del espíritu como la luz en el firmamento de un Génesis sin lunas y sin soles.

¿Qué ha dicho Jesús? Ha llegado al final, según el **Evangelio** de S. Marcos, es “Principio, Génesis o **Beres-hith**, en el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”, como lo es también para el **Cuarto Evangelio**, y para la **Primera Encíclica** de S. Juan: “lo que era desde el principio”. Ha llegado al final, y en ese **telos** se ha cumplido. ¿Quién ha llegado? ¿Qué se ha cumplido? ¿Y por qué se ha cumplido de este modo, cruento y angustioso? Este es el tema del **Evangelio** de S. Pablo, que en la muerte del Hijo de Dios, “somos **adoptados** hijos por Jesucristo... según nos escogió en él antes de la fundación del mundo... para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado: en el cual tenemos redención por su sangre...” (**Efesios**, I:3-7). “Y aún si nosotros, o un ángel del cielo os anunciase otro **Evangelio** del que os hemos anunciado, sea anatema”, dice S. Pablo (**Gálatas**, I, 8). Ese **otro evangelio** será como los sacrificios paganos, sólo el sacrificio de Jesús es **El Evangelio** cumplido, consumado. ¿Cuál es el misterio de esta palabra —**tetélestai**— que es a la vez, Alfa y Omega, el principio y el fin?

En el tiempo natural y en el tiempo histórico, la muerte es el acabamiento final. “Todo tiene remedio, si no es la muerte”, dice el jíbaro puertorriqueño. Y lo propio dice el **Eclesiastés**:

¡Vanidad de vanidades, todo vanidad!
 ¿Qué provecho tiene el hombre de todo
 su trabajo con que se afana debajo del
 sol?

aun hay esperanza para todo aquel
 que está entre los vivos; porque
 mejor es perro vivo que león muerto.

Porque el suceso de los hijos
 de los hombres, y el suceso del
 animal, el mismo suceso es,
 como mueren los unos, así mueren
 los otros, y una misma respiración
 tienen todos, ni tiene más el hombre
 que la bestia: porque todo es vanidad.

(Caps. I, 1-2; IX, 4 y III, 19).

Pero la muerte de Jesús no es igual a la oquedad vana del sepulcro vacío. Su muerte es cumplimiento y plenitud, el **tetélestai** de la sexta palabra. Jesús tiene conciencia de esta plenitud y cumplimiento desde el principio, porque el bautismo es símbolo de muerte y también de renacimiento. “¿O no sabéis?”, pregunta S. Pablo, “que todos los que somos bautizados en Cristo, somos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él a muerte por el bautismo; para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en **novedad** de vida” (**Romanos**, VI, 3-4). El Bautista no entendió esto, por eso dijo: “Yo he menester ser bautizado de tí, ¿y tú vienes a mí?” Pero Jesús si lo entendía, por eso respondió: “Deja ahora, porque así es necesario para cumplir toda justicia. . .” (**S. Mateo**, III, 15). El Bautismo de S. Juan Bautista es para remisión de pecados. Jesús no los tuvo; pero asumió los de todos aquellos seres humanos que acepten la palabra de la cruz para transfigurar sus personas, de pecadoras en hacedoras de justicia. Justificación, en el lenguaje del **Evangelio**, es libertad de las fuerzas del

mal y libertad para las fuerzas creadoras del bien. Esta doble finalidad se cumple en Cristo, por el camino de su muerte.

La imagen del sembrador y la semilla se insinúa espontáneamente: "Lo que tú siembras", escribe S. Pablo, "no se vivifica si no muere antes" (**I Corintios**, XV, 36). "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere", dice Jesús en el **Cuarto Evangelio**, "él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva" (Cap. XII, 24). Jesús se identifica con el **Siervo Sufriente**, del profeta **Isaiás**, desde que enseñaba en la sinagoga de Nazaret, al comienzo de su carrera: "Por su llaga fuimos nosotros curados" (Cap. LIII, 5).

Esta relación de ascenso a un tercer orden de existencia en la eternidad, trasciende los órdenes natural e histórico, por la eficacia o beneficio de la muerte del Mesías, es el llamado "plan de Salvación", en la teología tradicional, la examinada por Aulén en su **Christus Victor**. Y esta intención, propósito o **telos** de Dios está cifrado en Cristo, en la segunda persona de la Trinidad desde antes de la fundación del mundo, según el **Evangelio** del apóstol Pablo. En la **Carta a los Romanos** este **Evangelio de Dios** es el prometido por los profetas en las **Santas Escrituras**, acerca de su Hijo, así comprobado por la potencia (**dynamis**), que efectúa la resurrección de los muertos. . . (Cap. I, 1-3). Pero ya en la **Primera Carta a los Corintios**, este Evangelio es "la sabiduría de Dios en misterio, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria. . ." (Cap. II, 7). Hay que recordar que gloria (**doxa**, en griego) es apariencia, y por tanto **opinión**, en vez de certeza (**episteme**). Pero en hebreo, gloria es **kabeth**, oro, pesantez, gravedad. Nuestra gloria es nuestra permanencia, nuestra autenticidad, la dignidad humana, fundada en la de Dios, a cuya imagen fuimos creados.

Este "plan de salvación" adquiere en la **Carta a los Efesios** proporciones cósmicas. Dios nos bendice, con toda bendición espiritual, en el orden eterno —en Cristo. Nos elige, en Cristo, antes de la fundación del mundo,

para ser santos, sin culpa, en el **agápe**; y nos signa para ser adoptados hijos en virtud de la muerte de Cristo en la cruz, en la cual participamos, conforme al Bien inherente que es Dios, para que su gracia pueda ser apreciada, la cual es su **kabeth** o gloria, es decir, el honor, la dignidad, la íntima **quididad** de Dios. Por esta gracia hemos sido aceptados en Cristo —el Amado— y en El tenemos redención por su sangre, la libertad de nuestro pecado, de nuestra miseria, absorbida en la riqueza de su gracia. Por esta gracia, participamos en la sabiduría de Dios, y conocemos el misterio de su **telos** o propósito eterno (**Efesios**, I, 3-12), causa de gozo para la propia deidad.

Este panorama sublime y extraordinario de la **Carta a los Efesios** es la más profunda interpretación de la palabra ¡**Consumado es!** No es de extrañar que su lenguaje sea también extraordinario. Pero está ya previsto de manera menos exaltada, en la **Carta a los Romanos**: No hemos recibido el espíritu de siervos para tener miedo, sino el espíritu de **adopción**, por el cual hablamos con Dios, si participamos en la pasión de su Hijo, y en su glorificación (Cap. VIII, 15-17).

Esta elección desde antes de iniciarse el desenvolvimiento de los tiempos, el natural y el histórico, y su realización plena en la **Parousia**, o plenitud de los tiempos (**Efesios**, I, 10), es lo que impresiona a Oscar Cullman y lo inspira en su **Cristo y el Tiempo**. La **Consumación** de los tiempos se realiza potencialmente en la muerte del Mesías, centro del propósito de Dios, de eternidad a eternidad, como cantó David: "**Min Jaolam wad jaolam**" (**I Crónicas**, XVI:36 y **Salmo XLI**:13), y la participación del creyente en esta **Consumación** constituye la dinámica de esa **Victoria**, que ha intrigado a la teología desde S. Pablo hasta Gustavo Aulén. La muerte del Mesías, tema constante en la predicación de Jesús, y la participación de sus discípulos en su vaso y su bautismo, en su cuerpo destrozado y su sangre derramada, es el absurdo, la locura, la **moria** de los griegos; y es también el obstáculo, el tropezadero de los judíos. Fue locura para Pilato, el rey Agripa y Festo (cf. **Hechos**, XXVI, 24). fue trope-

zadero para Pedro, Judas y Ananías, con Safira, su mujer (cf. **Hechos**, V). S. Pablo fue el primero en entender plenamente este **misterio**, y en hacer, de esta participación en la cruz, la substancia de su vida: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (**Filipenses**, I, 21). Pero el resto de su vida, a partir de su experiencia en el Camino hacia Damasco, fue otro **Camino** en búsqueda de la racionalidad de esta fe, como lo expresa dramáticamente en su **Carta a los Filipenses**: "Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús". ¿Y cuál es este llamado de Dios? El **telos** o propósito para el cual fue poseído por Cristo. Es de notar que S. Pablo usa aquí el mismo verbo usado por S. Juan al proclamar "la luz que resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron" (**autó ou katélaben**). No que ya lo haya recibido (**élabon**), ni que ya sea consumado... (**teteléiomai**) ¿Y cuál es la perfección o consumación? "Ser hallado en él, no teniendo mi justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe..." la que se revela en el **dynamis** o poder de resurrección, de la nueva criatura, por la "participación de sus padecimientos, en conformidad a su muerte" (**Filipenses**, III, 8-14). Este es el sentido que informa su famosa frase: "Cada día muero" (I **Corintios**, XV, 31).

El sacramento de la comunión, para S. Pablo, es participación, no simbólica sino existencial, en la muerte y resurrección del Señor. "Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros", escribe S. Pablo a los Colosenses, "y cumpla **en mi carne** (existencialmente) lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia... para que se cumpla la palabra de Dios... para que presentemos a todo hombre perfecto —es decir consumado, —**téleion**— en Cristo Jesús..." (Cap. I, 23-29), Si Jesús exclamó, antes de morir, ¡**tetélestai!** —¡Consumado es!— ¿qué falta, pues, de su pasión? La participación de la Iglesia, por cada uno de los creyentes, para que los hombres alcancen a ser **téleoi**, perfectos y cumplidos en la cruz de Cristo. Esta es "la esperanza del Evangelio que

habéis oído”, dice S. Pablo, “el cual es predicado a toda criatura...” El **Evangelio** de la reconciliación, “porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí... y puso en nosotros la palabra de la reconciliación” (II **Corintios**, V, 19). Y esa es la palabra: ¡Consumado es! Esta síntesis de gozo y pasión es la pura esencia de la **gracia** cristiana.

Al fin del tiempo y la distancia quedas,
crucificado en el audaz madero,
abierto el hiperbólico sendero,
vía, verdad y vida me concedas.

No puedo ya de primaveras ledas
rendir a tí mi cuerpo prisionero;
al beber de tu muerte en el venero
dame el nacer que por tu muerte puedas.

En tí murió mi tiempo y la distancia;
en tí murió mi vida y su arrogancia;
y ya tu vida por tu muerte espero,

Cuando me acerco, al declinar el día,
al Reino que me has dado en tu agonía,
crucificado en el audaz madero.

¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

La última exclamación desde la cruz fue, según los sinópticos, una gran voz (**phoné megale**), solamente S. Lucas registra las palabras, y solamente S. Marcos las relaciona con las palabras del centurión: “Viendo que había expirado así exclamando dijo: ‘Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios’”. S. Mateo atribuye esta reacción al miedo producido por el cataclismo y S. Lucas altera las palabras del centurión: “Entonces Jesús, clamando a gran voz dijo: ‘Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu’. Y habiendo dicho esto, espiró. Y como el centurión vió lo que había acontecido dió gloria a Dios, diciendo: **En realidad este hombre era justo**”.

A S. Lucas, griego, ciudadano romano, médico, defensor de S. Pablo e historiador de la Iglesia primitiva, le interesa el testimonio del centurión romano que supervisaba la ejecución de los tres condenados y declara a "este hombre" justo. Este es un interés jurídico, conveniente para una nueva agrupación, perseguida y acusada de desafecto al régimen imperial. S. Pedro, cuyo **Evangélio** traslada Juan Marcos del arameo al griego, no tiene principal interés jurídico, sino religioso. El centurión pagano, al ver el modo como Jesús muere, aunque no entiende sus palabras, lo declara Hijo de Dios. Nótese que S. Marcos lo cita diciendo **alethós** —en verdad— lo cual puede ser traducción del **Amén** galileo de S. Pedro; mientras que S. Lucas dice **ontós** —conforme a lo que es— **realmente**, con un criterio de **verdad** más metafísico que religioso. De cualquier modo, podemos suponer que el centurión nada o muy poco sabía, ni de la religión y esperanza mesiánica del judaísmo; ni de Parménides y la tradición ontológica de la filosofía griega. Es un soldado, hecho a la crueldad y a la matanza del ejército romano. Habría visto morir, bajo su vigilancia, cientos de condenados a la crucifixión. Y, sin embargo, este es un hombre extraordinario; muere **como un dios**, con un extraño heroísmo para morir, diferente del heroísmo que consiste en matar. Su "gran voz" imparte sentido a su muerte, tiene elocuencia comunicativa, y el centurión "dio gloria a Dios" antes que al Imperio que lo condena por culpable. ¡Extraño lenguaje el de S. Lucas!

Voz elocuente que habla por la herida
abierta en tu costado y en mi pecho,
por las heridas que en la cruz han hecho
los hombres en su furia fratricida.

Voz de tu sangre, que a beber convida
el vino añejo, el hontanar deshecho
en lágrimas de fuego, en el estrecho
cuenco del alma en tu dolor transida.

Ingente voz, que al centurión levanta
de la inmundicia donde hundi6 su planta,
y hacia la altura en Cristo lo refiere.

Dios nos muestra su faz en tu agonía,
y en tu gran voz al centurión decía:
Este es el Dios que por tu causa muere.

Este incidente, registrado por el primer apologista de la Iglesia, no sólo tiene intención jurídica, sino principalmente didáctica, pertenece a la **Catequesis** de la Iglesia. Jesús, el Hijo de Dios, deposita su Espíritu en las manos del Padre. Sin necesidad de buscar textos claves en apoyo de la Trinidad, el tema se insinúa espontáneamente: en la encarnación, en el bautismo y en la muerte de Jesús. Porque la Trinidad no es un galimatías teológico, sino el símbolo de una profunda vivencia espiritual, como lo son, en último análisis, todas las filosofías y teologías que tengan alguna validez auténtica, o como dice el centurión de S. Lucas, "**ónticamente** este hombre era justo". En ningún lugar se expresa con mayor profundidad esta vivencia como en la Oración "Intercesoria": "Para que todos sean una cosa; como tú, oh Padre, en mí y yo en tí, que también ellos sean en nosotros una cosa..." Esta es la unión hipostática, la unión de las personas.

Ahora, en la **Consumación**, nada más lógico para el autor **óntico** de los dos tratados o **logoi** de la Iglesia, que mostrar, en una exclamación final, la unidad de Dios en el corazón mismo del Padre, cuando el Hijo deposita en sus manos el Espíritu. Para la teología ha sido siempre difícil conciliar la locura y el escándalo de la cruz con la impasibilidad de Dios. Mi primer contacto con este problema lo establecí cuando leía **El Sentimiento Trágico de la Vida**, de Miguel de Unamuno, en mi segundo año de Escuela Superior. Luego, en su refundición, **La Agonía del Cristianismo**. Los entusiasmos de E. S. Brightman por "el joven Dios batallador", de A. Whitehead, eran ya comprensibles para mí, gracias a Unamuno. Ahora, a treinta años de distancia de **El Problema de Dios**, veo que el **Nuevo Testamento** entiende mejor que cualquiera de estos tres grandes filósofos, lo que Jesús dijo y lo que quiso decir **ónticamente**.

En el **Nuevo Testamento**, el Padre no es el **Moviente Inmóvil** de Aristóteles, sino el **dynamis**, la potencia crea-

dora, en el cual y por el cual son todas las cosas (**Hechos**, XVII, 28 y **Romanos**, 11,36). Esto es así para que, al predicar su **Evangelio**, S. Pablo pueda enseñar: "El que aun a su propio Hijo no se reservó antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (**Romanos**, VIII, 32). El **Espíritu Santo** es el que enseña y convence, el Espíritu de la Verdad, compañero de "los que son de la verdad" y, por tanto, oyen la **grande voz**, como advirtió Jesús a Pilato. Y Jesús es "el vínculo de la perfección (**Colosenses**, III, 14), el **agápe**, la unidad entre el Ser y el Saber, el Camino hacia la verdad vital (**S. Juan**, XIV, 6). La unidad del Ser y del Saber se da en el Hijo, que es el **agápe** (**Efesios**, 4:2-6). Esta es la vivencia, no el dogma, de la Santísima Trinidad. No se sabe o entiende primero, para amar después; se sufre primero, por **agápe**, fundado en la fe, por la cual sufrió y amó Jesús; se entiende después, progresivamente, en la medida del don de Cristo, el cual es **agápe** (**Efesios**, IV, 7 y 13), "hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón **CONSUMADO**, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo...".

La Iglesia primitiva llamó a Jesús **El Camino** (Cf. **Hechos**, XVI, 17; XVIII, 25; XIX, 9 y 23; y **Efesios**, II, 8). Y S. Juan nos da el símbolo más significativo de este Camino impartiendo su Espíritu a la Iglesia primitiva: "Entonces les dijo Jesús otra vez: Paz a vosotros; como me envió el Padre, así también yo os envío. Y como hubo dicho esto, sopló, y díjoles: Tomad el Espíritu Santo: a los que remitiereis los pecados, les son remitidos: a quienes los retuviereis, serán retenidos" (Cap. XX, 21-23). Hay en este pericope un sincretismo deliberado de elementos. El Espíritu Santo es la función libertadora de la esclavitud del pecado: "convence al mundo de pecado, de justicia y de condenación" (Cap. XVI, 8-11). Esto lo había dicho antes a S. Pedro (**S. Mateo**, XVI, 19), y a cada uno de los creyentes en particular (**Ibid**, XVIII, 18). La paz a vosotros, no es un mero saludo (**S. Lucas**, X, 5-6), sino el símbolo de la presencia de Dios. El gesto de soplar es símbolo del acto creador de Dios: así "en el principio", al

crear al hombre y en la visión profética de Ezequiel (**Génesis**, I, 2; II, 7 y **Ezequiel**, XXXVII). Así también en la conversación con Nicodemo: "El viento de donde quiere sopla... así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (**S. Juan**, III, 8). "El os bautizará en Espíritu Santo", había dicho el Bautista (**S. Marcos**, I:8). Sobre quien vienes descender el Espíritu", dijo Dios al Bautista, "y que reposa sobre él, éste es el que bautiza con Espíritu Santo" (**S. Juan**, I:33). Y este mismo es el que, al morir en la cruz, deposita su Espíritu en las manos del Padre.

S. Lucas es el **historiador**, en orden de la enseñanza de la Iglesia, la cual, en esos momentos, está **en manos** del Padre. ¿Qué significa estar **en sus manos**? ¿Están las manos de Cristo siempre clavadas e impotentes?

Horadaron tus manos y tus pies,
manos clavadas al madero insano,
crispadas de dolor, cuando el humano
campo de angustia es tu divina mies.

Abierto en cruz bajo tu pecho es
tu corazón abismo soberano
de amor y paz, cuando sin paz me afano
en ser la vida que tendré después.

Después, cuando a la voz de tu clemencia
despierte de su sueño mi conciencia
al contemplar el crimen inhumano,
y comprenda el misterio que palpita
en tu muerte de vida donde grita:
no estoy solo en la vida de tu mano.

Jesús había puesto sus manos sobre los niños para orar por ellos, y con sus manos, puso en ellos el poder creador de Dios: "porque de los tales es el Reino de los Cielos" (**S. Mateo**, XIX, 15). Y ahora Jesús pone su Espíritu en las manos del Padre porque "cualquiera que no recibiere el Reino de Dios como un niño, no entrará en él" (**S. Lucas**, XVIII, 17). Las manos de Dios son "horrenda cosa" para caer en ellas los que merecen venganza (**He-**

breos, X, 31). Pero "los cielos y las estrellas que tú formaste" son obra de sus manos, dice el salmista (**Salmo VIII**). "Si escondes tu rostro, todas las criaturas se turban, si abres tu mano, se hartan de bien" (**Salmo, CIV, 28-29**). "En su mano están las profundidades de la tierra, la altura de los montes, la amplitud de la mar" (**Salmo XCV, 4**). Y en su mano están igualmente "los tiempos" del hombre (**Salmo, XXXI, 15**). Proféticamente habló Dios a su **siervo** por Isaías:

Simiente de Abraham, mi amigo:
no temas, que yo soy contigo,
no desmayes, que yo soy tu Dios
que te esfuerzo, siempre te ayudaré,
siempre te sustentaré con la diestra
de mi justicia. . . Porque yo, Jehová,
soy tu Dios, que te ase de tu mano
derecha, y te dice: No temas,
yo te ayudé. (Cap. XLI, 8-13).

Y la Iglesia perseguida, a la cual pertenecía S. Lucas, estaba en esos momentos, cuando se escribe este **Evangélio**, en las manos de Cristo. "La mano del Señor era con ellos", dice el historiador (**Hechos, XI, 21**). "Todo el día extendí mi mano a un pueblo rebelde y contradictorio", dice S. Pablo, y ahora, Jehová extiende su mano de amigo a un Nuevo Israel, y esa mano es el Cristo. Las manos clavadas en la cruz son ahora las manos de Dios extendidas hacia la Iglesia (**Romanos, X**). La esencia de la religión de S. Pablo la encuentra Raymond T. Stamm, exégeta del **Interpreter's Bible**, en el capítulo tres de la **Carta a los Gálatas**.

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, dice el apóstol, porque está escrito: "Maldito cualquiera que es colgado en madero".

Sin embargo, por esta maldición, la bendición de Dios, el amigo de Abraham, se universaliza, conforme al movimiento dialéctico del pensamiento de S. Pablo.

A Abraham fueron hechas las promesas, y a sus simiente (Una sola, no muchas) Y a tu simiente, la cual es Cristo.

¿De qué sirve la ley? Fue puesta hasta que viniese **la simiente** a quien fue hecha la promesa, ordenada... en la mano de un Mediador

El Mediador de los ángeles es un prototipo de Jesús, el cual ya es venido, y tiene en su mano el Reino de Dios, en el cual no hay Judío, ni Griego; no hay esclavos ni amos; no varón, ni hembra; "porque todos vosotros sois **Uno en Cristo Jesús**".

Del "¡Eloí! ¡Eloí! ¿Lama sabachtaní?", Jesús se ha trasladado al "¡Padre!, en tus manos deposito mi Espíritu". Jesús había advertido no llamar a nadie Maestro, ni Padre, porque sólo corresponde llamar Padre a Aquel a quien él nos enseñó a orar diciendo: "¡Padre nuestro, que estás en los cielos, sea hecha tu voluntad!...". Y el que llama a Dios "Abba", como lo llamó Jesús en el Gethsemaní, es porque "tiene el Espíritu de Cristo", dice S. Pablo. "Porque es el mismo Espíritu el que da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios", y coherederos de la promesa hecha por Dios a Abraham y a su simiente. Y si Jesús clamó en su Espíritu, también nosotros, y toda la creación gime, aguardando la redención final aunque "tenemos las primicias del Espíritu" (**Romanos**, cap. VIII). Y como sabemos que "a los que a Dios aman —como a Padre— todas las cosas —¡pero todas las cosas!— les ayudan a bien, porque son llamados conforme al **telos**, a la **Consumación** de Dios", cada uno de nosotros clama también, con grande voz, "¡Padre!, en tus manos encomiendo mi espíritu!" Este es el nuevo nombre de Dios, el que S. Pablo siempre usa: "Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo" (**Efesios**, I, 2 y **II Corintios**, I, 2). Nadie que hable por el Espíritu que Jesús depositó en el Padre, llamará a Jesús **anatema**, es decir, mero sacrificio, sino Señor, **Kyrios kai Christós** (**I Corintios**, XII,

3 y **Hechos**, II, 36). En esta sola exclamación se resume todo el **Evangelio** de la Iglesia primitiva: "Este Jesús, que vosotros crucificasteis, Dios ha hecho **Kyrios** y **Adón**, **Me-sías**" del Reino de los Cielos, en el propio momento cuando clamó a gran voz diciendo: "¡Padre!, en tus manos encomiendo mi Espíritu".

Encomendó su Espíritu en las manos
del Padre Santo, donde el Verbo era,
cuando encarnó su hermosa primavera,
María, madre del dolor humano.

Por su pasión fue de la muerte hermano,
por su poder, la muerte traicionera
no le retuvo, y su poder impera
en el cielo y la tierra soberano.

Jesús, cuando reclinas tu cabeza
en el pecho del Padre de lo eterno,
vences de lo profundo del averno.

y alumbras la tiniebla de lo arcano;
busco tu paz, donde mi vida empieza,
libre en la cruz crispada de tu mano.

